

DOLOROSOS RECUERDOS

REVOLUCION DE 1854 GUERRA NACIONAL

CASTULO CORDOVA

Cástulo Córdova, un soldado anónimo de la Revolución de 1854 y de la Guerra Nacional, nos narra, “lisa y llanamente”, como él mismo dice, sus DOLOROSOS RECUERDOS. Hay en la narración de Córdova ese encanto de los antiguos libros de caballería, en los que la gesta se destaca del fondo de los hechos narrados casi inexpresivamente, como cuando por una llanura gris cruza la figura de un hombre.

Se trata de las Memorias de un soldado que, —como Bernal Díaz del Castillo—, a la avanzada edad de 88 años estampa sus recuerdos de juventud y madurez. Pocos son los detalles que de su vida privada nos da Córdova. Que “vestía buen sombrero, pantalón de casimir celeste, centro de piqué con florecitas menudas de seda, corbata orilla tinto y saco marino azul turquí. . .” nos da a entender que era un mengalo de buen gusto. La emborrachada que se dio en el sitio de Granada, nos da a entender que era un joven casquivano y alegre. El hecho que sus recuerdos estén plagados de errores ortográficos e históricos, nos prueba que si no letrado era literato. Y esto le da a la suya la sencillez de una narración de libro de caballería.

Para Córdova las “difíciles dificultades” del hogar lo empujaron a buscar la vida con su oficio, parece que de zapatero. Pero las agitaciones políticas de la época lo llevaron a optar por el oficio de soldado. Sus descripciones son simples y escuetas: los caminos son sólo “grietas, jícaros y zarzales”; las casas tienen puertas, si hay alguna diferencia entre ellas, es que una es hermosa. A veces, muy pocas, filosofa. De los saqueadores de los almacenes de Granada dice: “De todos estos intereses se adueñaron muchos que sólo habían tomado el arma para ir a hacerse de fortuna y de éstas conozco muchas y otras que las he visto acabar”. Mas él mismo nos advierte: “No es mi propósito historiar los usos y costumbres de los habitantes porque otros historiadores competentes lo han hecho ya; y sí solamente dar a conocer las fatigas, hambres, desnudeces y la sangre que se derrama, y los momentos de agonías, considerándose en brazos de la muerte. Con tal objeto, continúo con mis recuerdos”.

Presintiendo próximo el fin de mi jornada en este mundo de ilusiones y falsas promesas escribo los tristes recuerdos, presentándolos lisa y llanamente. Son las fatigas y peligros en que se ha agitado y ha sido expuesta desde mi temprana edad, mi existencia.

Nacimiento y Familia

Nací en humilde cuna, el 24 de Marzo del año 1821. Mis padres tuvieron su prole de nueve hijos: yo fuí el octavo; mi padre, oriundo de Costa Rica, respondía al nombre de J. Carmen Córdova. Mi señora madre, natural de esta ciudad de Chinandega, respondía al nombre de Simona Campos.

Mi padre murió el 25 de Febrero del año 1841.

En aquellos tiempos, los establecimientos de enseñanza no eran más que uno sostenido por el Municipio, cuyos fondos no le permitían proveerle de útiles y quizá ni para cubrir al Preceptor sus honorarios. El alumno solo se servía de unas pautas para reglar el papel y debía de llevar consigo su obra de lectura, que no era otra que Cartilla, Catón, Catecismo o Nuevo Testamento.

Los padres de familia más acomodados, mandaban a sus hijos a otros lugares.

Por tales difíciles dificultades y la situación apremiante de mi anciana madre, no fue posible ni a mí ni a mis hermanos adquirir conocimientos científicos, y nos conformamos con aprender, cada uno, la profesión u oficio que más le agradó, para subsistir de ella.

En esta ciudad no habían resguardos, era la autoridad civil la que guardaba el orden público, acudiendo, caso necesario, con patrullas de rondines, y para la vigilancia en la noche, con una numerosa ronda de paisanos.

Con largos intervalos venían de León escoltas en comisión; con la presencia de ella, el pueblo se alarmaba, quedando las calles en completa lobreguez.

Reclutado

El año de 1848, el alcalde pedáneo, José María Valle, con su patrulla de rondines, cada uno portaba lanza, machete o garrote, se introdujo a mi casa como a las nueve de la noche, sacándome del hogar doméstico y conduciéndome a la cárcel, en la que habían otros jóvenes.

Don Mariano Montealegre, era en aquella época el comandante de este distrito, y de su orden se hacía en aquella noche la recluta pedida por el jefe de armas, que lo era el General Muñoz, en León.

Contra los Moscos

Muy temprano de la mañana del siguiente día, se nos condujo a León y, organizados en la compañía del Capitán don Lino Sáenz, quedamos listos en la columna que fue llevada a Granada, la que sin pérdida de tiempo, fue embarcada en las piraguas que con tal fin estaban listas, para conducirnos a San Juan del Norte; donde las hordas mosquitas asesinaban empleados públicos, incendiaban, robaban y no saciaban su instinto salvaje.

La noche que fuí reclutado padecía la enfermedad de mal de ojos, que con los soles, serenos y agitación de

la expedición y de las indispensables fatigas del servicio, fueron motivos poderosos para gravarme; sufriendo agudos dolores y penas sin comparación; pero en El Castillo hubo que estacionar dos días y tres noches, los que me fueron favorables, pues el cirujano acudió con esmero al restablecimiento de mi salud.

Al tercer día se continuó la navegación, llegando en la mañana del siguiente día a la bahía del puerto, en la que habían numerosos pipantes. Estas embarcaciones son secas y largas, que bogan no menos de 10 hombres en cada una y tanto éstos como los más que en ellas iban; llevaban sus arcos y haces de dardos, armas con que nos batían. Se nos dio la orden de fuego, uno de nuestros bogas fue muerto y herido el soldado José Francisco Viejano.

Los vecinos del puerto, al oír la detonación de nuestras armas en la bahía, se armaron, y con valor acometieron sobre las turbas de moscos que estaban en tierra: este proceder dio valor y tiempo para que parte de nuestra tropa desembarcara; cargamos con heroísmo a dichas turbas, bajo una nube de dardos. Yo al ver la sangre de mis compañeros, comprendí que en la presteza consistía el alcanzar un feliz éxito. Esta idea me empujó adelante y siendo secundado por los pocos que me acompañaban, vi el buen éxito de nuestro brutal arrojito.

Las hordas salvajes se dispersaron por aquellos montes pantanosos; y los que embarcados peleaban se deslizaron en sus pipantes por la costa del mar. Incontinenti, se recogieron a los heridos para atenderlos, y los cadáveres de nuestros soldados fueron sepultados, sacando fuera del puerto los de los moscos.

Restablecida la tranquilidad y repuestas las autoridades, regresamos al interior y ya en León, fueron liquidadas las compañías y dádoseles de baja; el pago fue en plata y ropa. Yo fuí ascendido a Cabo 2º en el Puerto.

El Chelón y Somoza

Por los años de 46 y 47 habían tenido lugar las revoluciones del Chelón, acaudillados por él los adictos, y como segundo jefe el General Bernabé Somoza. La primera revolución fue deshecha el 16 de Agosto en esta plaza de Chinandega y la segunda, cuyo ejército era numeroso, pero de indios segovianos sin ninguna instrucción militar, fue deshecha en la Hacienda Galarza, por el General Trinidad Muñoz, con solo sus veteranos bien disciplinados.

Los "pericos" de Guardiola

El Gobierno teniendo informe del respetable ejército de Chelón y para asegurar el triunfo, había pedido auxilio al Gobierno de Honduras, y en efecto, vino Guardiola con sus afamados "pericos"; sanguinarios, incendiarios y diestros en el saqueo. Pero el General Muñoz, antes que Guardiola con su afamada columna de pericos se aproximara a él, dio el triunfo, derrotando completamente la lucida división segoviana. Guardiola sin dar descanso a su gente, persiguió las partidas de indios derrotados que venían a favorecerse a esta plaza. Por diferentes calles las guerrillas de pericos hacían un fuego vivísimo, los perseguidos indios corrían por diferentes

direcciones a los nortes de la vega del río.

El Chelòn, Somoza y otros cuantos leoneses subalternos, fueron sin descanso a asilarse a El Salvador, quedando esta plaza a merced de los pericos, quienes en el resto de la tarde se ocuparon de saquearla.

El experto General Muñoz, que bien conocía la mala conducta del jefe hondureño y su tropa, le siguió para no darle lugar a que hicieran en esta ciudad, lo que hicieron en Leòn el año 44, y lo mismo que hacían en todas partes. Sin embargo, este pueblo de Chinandega fue saqueado e incendiado desde el barrio San Lorenzo y todo el pueblo indígena pasando esa misma noche al pueblo de El Viejo.

El General Muñoz ocupó esta plaza en la mañana del siguiente día, y le impuso a Guardiola evacuar la República, lo que ejecutó aquel jefe de panteras a la mayor brevedad.

Pánico y zozobra

A fines del año siguiente, un día muy temprano de la mañana se veían grupos en las calles y en las puertas de las casas, en su mayor parte mujeres, con gran pánico y zozobra, al ver a Somoza, Charingos y otros tantos de mala nota, quienes salieron al Realejo la noche antes, y haciendo cruzadas por las inmediaciones de esta ciudad llegaron al pueblo de El Viejo la misma noche, dándole muerte el acaudalado don Bernardo Venerio, apoderándose del dinero y alhajas de la familia, y después de ultrajar a ésta, dieron muerte a don Domingo Guzmán y a otro cuyo nombre no recuerdo. Después de los bárbaros asesinatos, robos y ultrajes hicieron su regreso entrando a esta ciudad.

El extranjero don Sebastián Salorio, acostumbrado a hacer su baño todos los días muy temprano de la mañana en el pozo que se llamó Veracruz, se hallaba allí esa mañana y allí fue tomado por los foragidos de Somoza, trayéndolo a la plaza y presentándose al jefe que estaba montado y con lanza en mano y sin atender a otro sentimiento, sino sólo al de su ferocidad, enristró su feroz lanza, saliendo ésta por la espalda y con su luneta abría el abdomen, cayendo el desventurado al suelo, y esto a vista y paciencia de la muchedumbre. A continuación con sus secuaces tomaron el camino que conduce a Leòn y como a medio día entraba a esta ciudad el cadáver de don Guadalupe Rivas, esposo de doña Dolores Amaya, quienes estaban en su hacienda de caña no lejos de esta ciudad.

1849

Hacia Rivas contra Somoza

En este año fuí citado para presentarme en Leòn ante el señor mayor de aquella plaza y en la misma mañana que llegué junto con la recluta que aquí se hizo fuimos organizados formando la compañía de don Andrés Somarríba (a) Muñuque.

Al siguiente día, el ejército salió de Leòn haciendo noche en Pueblo Nuevo, de donde salimos muy temprano de la mañana: siguiendo la marcha con dirección a Managua, llegamos a este lugar en la tarde de ese mismo día. Al siguiente, como a las 7 a.m. fue fusilado en el cementerio de la iglesia, el clarín de órdenes del General

Muñoz, cuya falta que lo hubo condenado a esa pena, la ignoro hasta el día. El tribunal que formó el consejo de guerra, lo integraron los Coroneles Ballesteros, Félix Ramírez "Madre Gil" y los otros que no recuerdo. Creo en mis dudosos recuerdos, que el doctor don Máximo Jerez, era auditor de guerra. También tengo presente, que don Fruto Chamorro iba como segundo jefe en esa expedición. Después de la ejecución del corneta Virgoierno, se continuó la marcha, ocupando Masaya en la tarde de ese día y al siguiente para los pueblos haciendo noche en Nandaime; agregando una compañía que estaba lista. Esta compañía era de gastadores, iban provistos de hachas y machetes. Estos instrumentos en manos de aquellos nandaimes nos llamaron la atención. Temprano de la tarde se continuó la marcha con rumbo hacia el suroeste, habiendo pasado la noche en una hacienda que, según su fachada estaba bastante arruinada.

Como a las 10 a.m., hubo de llegarse por camino de grieta, jícaros y zarzales y bastante extraviado del camino nacional, al río Ochomogo, ancho, pedregoso y crecido. Lo pasamos por balsas y andaribeles; allí se hizo alto, tomando nuestro rancho, que se componía de totoposte groseramente beneficiado, queso y carne salada. Los gastadores comenzaron su trabajo, que era el de abrir camino en la parte de montaña, derribando árboles y con ellos formando tapescos, para que hombres y bestias pudieran pasar aquel pantano, donde el que caía costaba desatollarle.

Tres noches y dos y medio días se emplearon para estar en tierra firme y campo libre de penalidades. Esta marcha o expedición, la he tenido siempre presente por las mil penalidades, que como soldados fieles y subordinados, hubimos de soportar. A pocas millas de ese lugar había una hacienda de ganado, sin embargo, nuestro jefe dispuso pernoctar esa noche en el campo, excusando el que alguien viera a nuestro ejército.

Después de diana, siguieron los toques de marcha, y antes de tocar con la primera hacienda de cacao, se hizo alto para prepararnos con la ración de rancho. Concluida ésta se continuó la marcha, entrando de hacienda en hacienda, con el precepto de guardar el mayor silencio y excusando de tocar con las casas de dichas haciendas; hasta en la madrugada se rodeó una hermosa casa, colocando guardias en las puertas y tomando otras precauciones; sin permitir a sus moradores salir de sus piezas.

Se dio orden de revistar las armas. Ya de día los que llegaban a dicha hacienda eran también detenidos. A las 9 a.m. salimos al camino, ya en guerrillas, entrando a las primeras calles de la ciudad de Rivas (antes se decía Nicaragua) las tropas francas de la revolución cuyo jefe era el asesino General Somoza, andaban en esa calle y en los cuarteles sólo las respectivas guardias. Por diferentes calles nuestras guerrillas y a paso de maniobra cargamos sobre los cuarteles, sin dar lugar a que la tropa franca regresara a ellos; entre dos o tres horas éramos los vencedores.

Se persiguieron a los derrotados y como a las dos de la tarde, la caballería al mando de su comandante el Coronel Laureano Cachirulo, presentó a los que había tomado, viniendo entre éstos el General Somoza. Como entre el cinco o el seis, las tropas regresaron a Leòn, habiendo sido el que escribe ascendido a Cabo 1º.

La tropa vencedora llegó a León con el puñado de laureles recogidos en el campo de batalla. Se le pagó a la tropa sus sueldos y se les dio de baja a los milicianos; tomando de éstos unos cuantos jóvenes, yo uno de ellos, y fuimos agregados al cuerpo de veteranos cuyo servicio por la ley era de un año.

El General Muñoz, de mañana y tarde, mandaba personalmente los ejercicios militares en las diferentes plazas de aquella ciudad, con la sola excepción de los días festivos.

En el servicio de éste ascendí a Sargento 2º, y no carecía de las voces de mando y el manejo de las armas. Cuando cumplimos el año de servicio, regresamos a nuestros vecindarios con el júbilo de ver y abrazar a nuestras familias y estrechar la mano de parientes y amigos, considerados como militares de las Autoridades; y yo, entusiasta por tal profesión y con el suficiente conocimiento de la disciplina, me complacía respetando a la sociedad y recibiendo de ella cariño y consideraciones.

1850 - 1851

El Realejo

El año 1850 y 51, los americanos hicieron su tránsito a California, por esta República. El puerto de El Realejo era la segunda California; habían desde el muelle hoteles hasta la salida a esta ciudad. También el camino era una hermosa calle, con hoteles y cantinas, donde se servía a los pasajeros lo que apetecían. Con la afluencia de gente de las vecinas repúblicas y de todos los pueblos de la nuestra, faltaron casas, las que se alquilaban eran a un precio que parecía fabuloso decirlo. Yo alquilaba a la junta municipal el cuarto que en el cabildo servía para encierro de mujeres, pagando 25 pesos. Las casas construidas por los yankees para sus hoteles eran de madera unas, y otras que se les decía carpas. Las primeras eran de tres pisos. La calle era recta desde el muelle hasta la salida para esta ciudad; de Hotel a Hotel se cruzaban en alto las tablas en que se leía el nombre de cada Hotel, pintada y simétricamente colocada.

La moneda blanca se escaseó de tal manera que, para conseguirla se daba premio pues era oro el que circulaba en esterlinas, desde a dos pesos hasta cincuenta. Los juegos de azar eran públicos de día y de noche; los yankees tallaban naipes y las mesas cubiertas con hermosas carpetas y sumas de águilas de todo valor. En el corredor de la casa cabildo se colocaban mis tres mesas en que se trabajaba calzado, cada una con sus correspondientes artesanos. No era suficiente el que se trabajaba en el taller: era mucho el consumo: tenía que comprar partidas que de varios pueblos me llegaban. Las músicas eran de día y noche, ya en la calle, ya en casas ocupadas por hermosas morenas que de varios lugares llegaban a buscar fortuna.

En la bahía de Punta Icaco (hoy Corinto) se veían vapores de todo calado; todos los días entraban unos con carbón, los más con pasajeros de California. Estos hombres venían cargados de oro en moneda, en polvo y pepitas. Pero, perdonadme, querido lector, que no ha sido mi intención historiar esos tiempos, porque competentes plumas lo han hecho ya.

Golpe de Estado de Muñoz

En el 4 de Agosto de ese año 51, el General Muñoz dio el cuartelazo en León, echándose sobre el gobierno que en aquellos tiempos tenía allí su residencia; lo sacó, expulsó junto con otros señores por el puerto Nacascolo, en la acreditada lancha "Veloz" con dirección a Honduras.

El General Muñoz ordenó el reclutamiento para organizar fuerza con que debía sostener su usurpado poder.

Los expulsados se entendieron con el gobernante de aquel Estado y regresaron con una columna de tropas al mando del General Francisco López (a) Cutacha. Al tener yo tales noticias, me puse de acuerdo con mis amigos, poniéndonos en camino. El invierno fue copioso y el de ese año será recordado por los que sobrevivan.

A fines de Octubre nos pusimos en camino sin que nos detuvieran las aguas de los llanos que estaban unidas con las de esteros y ríos; ni lo empapado de los vestidos, ni la falta de provisiones de boca. En la noche tomábamos la precaución de extraviarnos un poco del camino para no ser sorprendidos por ninguna escolta; pasando esas noches espantando mosquitos. Felizmente salimos al llano, entrando a la quesera de Aguilera, donde satisfacimos el hambre y repusimos el sueño perdido. Al siguiente día, dando un rodeo tomamos el camino de Somotillo, a donde llegamos al siguiente día; en la tarde llegaron los Coroneles José María y su hermano Dionisio Villanueva con otros chinandegas. Eran ya días de Noviembre, el invierno no era ya muy copioso, los caminos mejoraban y los ríos daban vado.

Descansábamos de fatigas tan penosas, cuando nos llega la feliz noticia de la proximidad del gobierno con la fuerza hondureña; y en efecto, esa tarde ocuparon Somotillo, y tanto los que de aquí habíamos llegado como los adictos de aquellos pueblos, fuimos organizados, y arreglado todo, esperamos ansiosos la luz del nuevo día. Al toque de diana se siguieron los de formación y marcha. A los dos y medio días de camino llegamos a los planes de esta ciudad, encontrándonos con grupos de hombres que iban armados con escopetas y machetes, dándonos la noticia de estar en la plaza el Capitán Clemente Rodríguez Cachirulo con 50 hombres de la fuerza veterana evacuando comisión de su gobierno. Este oficial no tenía noticia del arribo de esta fuerza a esta ciudad y fue sorprendido; pero de los oficiales que aquel jefe tenía de confianza era éste quizá el primero por su valor a toda prueba e instrucción y disciplina.

Aunque nuestras armas y parque venían húmedos, no nos detuvimos en arrollarlos, teniendo en nuestro favor todo el pueblo. El Capitán Cachirulo dio pruebas de su valor y disciplina: sostuvo la acción no menos de tres horas, haciéndonos varias bajas entre muertos y heridos.

Quedamos en posesión de la plaza y muy de mañana del siguiente día, se dirigió el gobierno con la fuerza para León; mas antes que se llegara a Chichigalpa se tuvo la noticia de estar allí los enviados de Muñoz, que venían a arreglar la capitulación de aquel jefe. Se continuó la marcha y en la tarde entramos a León. También al siguiente día entró con su tropa el General don Fruto Chamorro, que en los días de ausencia del gobierno, le estuvo llamando la atención al intruso gobierno, habien-

do tenido varios encuentros en los pueblos de Mateare y Nagarote.

El señor Chamorro regresò con su tropa a Granada con la investidura de Director Supremo del Estado; y no me olvido del desagrado general que hubo, por razòn de que Muñoz entregò el poder al General Valle Chelòn, y este prestigiado jefe se lo cediò a Chamorro. Voz pública.

El señor Chamorro inaugurò su gobierno en Managua, con medidas más a propòsito para los partidos de oriente que para los de occidente. El señor Chamorro declaró Capital a Managua y Presidente al jefe que gobernaba; también República al Estado.

1853

“El archivo secreto del Gobierno”

A fines del año 52 parecía que la paz era la señora que sonreía a los nicaragüenses. Mas los hombres ilustrados de Leòn olieron lo que había en “el archivo secreto del gobierno”; pero antes que éstos se movieran les cayò encima, haciendo en una sola noche recogida de los doctores Jerez, Castellòn, Guerrero, don Francisco Díaz Zapata y otros más, sacándolos esa misma noche y mal montados, con una custodia de cien hombres, por el puerto de El Tempisque, hasta desembarcarlos en San Lorenzo, inmediato a Nacaome, Honduras. El gobernante de esa República los acogió con muestras de simpatías; era el Presidente, el General Cabañas, quien no tuvo excusa para preparar los elementos bélicos que puso a disposición de los expulsados; éstos se proporcionaron un paquebote y se dirigieron con rumbo a El Realejo. Era el mes de Mayo de 1854.

1854

Comienza la Revolución

El 4 de Mayo en la noche asaltaron el resguardo, huyendo los empleados y dejando en posesión a los asaltantes.

Al amanecer del día 5, se oía en estas calles el toque de generala por un corneta que montado venía a la orden del General José María Valle Chelòn; en cada esquina se repetía dicho toque; Chelòn arengaba a los que se acercaban, invitándolos al patriotismo, para que fueran con sus carretas y bestias a El Realejo para traer a esta plaza las armas y elementos. Las mujeres corrían a las sementeras a dar aviso a sus varones que trabajaban. Yo, acompañado de unos cuantos amigos, a pie tomamos el camino, siendo los primeros en presentarnos al General Jerez y demás jefes, tomando armas y poniéndonos en actitud de defensa.

Regresamos a esta ciudad de Chinandega con muchas carretas cargadas de armas y elementos de guerra; hombres montados y de a pie, cada cual con su arma. El movimiento era tan entusiasta, que al llegar a esta plaza, el pueblo se puso en actitud y los hombres abandonaron sus trabajos y se presentaban, tomando armas y quedando organizados.

De Leòn venían grupos, unos en pos de otros, encabezados por sus caudillos. Del día 6 al 7 estaba organizado el pie de ejército formado de voluntarios. El día

7 en la tarde el ejército evacuò esta plaza, ocupando en la noche la de Chichigalpa. Ese día 7 entrò a Leòn el Presidente Chamorro, con su ejército de orientales, agregando a éste la poca tropa de leoneses.

La acción de El Pozo

Nuestro ejército saliò de Chichigalpa con dirección a la hacienda “El Pozo”, que está en contacto con los pueblos de Telica y Quezalagua. Los cercos de dicha hacienda nos evitaron el trabajo de formar parapetos.

El General Chamorro se dirigió a atacar al ejército democrático en la referida hacienda, tarde de la noche del día 8, y en la madrugada el triunfo era de la revolución. Se reconociò el campo y sòlo se encontraron muertos y heridos. A las cinco de la mañana, lleno de inmenso entusiasmo, se levantò el campo con dirección a Leòn, encontrando grupos de gente que nos felicitaban y dándonos la feliz noticia de haber abandonado la plaza todos los empleados y adictos al gobierno.

La caballería se puso en vertiginosa carrera en persecución de aquellos empleados y adictos. Varios de éstos fueron alcanzados, siendo uno de ellos don Anselmo H. Rivas, a quien en el acto se le colocò un par de grillos.

Desde el día 9 que llegamos a Leòn, la afluencia de hombres que se presentaban era cosa de admirar. El ejército democrático no menos constaba de cinco o seis mil hombres voluntarios.

Hacia Granada

El 11 ò 12 salimos de Leòn, dejando en las familias el convencimiento de un pronto triunfo. Llegamos a Managua sin ningún estropezo. La población era de casas desparramadas y construídas provisionalmente, solares abiertos y calles de altos y bajos. No es mi propósito historiar los usos y costumbres de los habitantes, porque otros historiadores competentes lo han hecho ya; y sí solamente dar a conocer las fatigas, hambres, desnudeces y la sangre que se derrama y los momentos de agonías, considerándose en brazos de la muerte. Con tal objeto continúo con mis recuerdos. A golpe de vista se comprendía que hombres y señoras y hasta los chiquillos eran chamorristas en cuerpo y alma. Los hombres, en grupos cruzaban las sierras.

Se siguiò la marcha, a ocupar Masaya, y aún no sé que motivò el haber estacionado tantos días en aquella ciudad; pero el 26 de ese mismo mes de Mayo, muy temprano de la mañana se verificò la marcha sobre Granada, llegando como a las dos de la tarde. Las casas de todo el barrio de Jalteva estaban solas: el ejército entrò en dos filas por la calle real. En el centro iban las carretas con la artillería y elementos. No se veía un solo objeto a quien hacerle fuego; no obstante, se avanzaba sobre el silbido de las balas de fusilería y metrallas de la artillería enemiga: ésta en su trinchera y la fusilería por claraboyas. Las carretas quedaron solas en la calle. Las filas de nuestra tropa, a uno y otro lado, se favorecían detrás de las casas unos y otras detrás de la iglesia de Jalteva. Las puertas de ésta fueron abiertas y en la noche se hicieron llegar las carretas y su carga de elementos se depositò en ella.

Jerez herido

Temprano de esa misma tarde, se dispuso hacer trincheras en las puertas de la iglesia, y el General Jerez, señalando con el pie levantado hacia afuera, donde debía formarse, una bala le perforó el hueso de la canilla. Yo lo confieso, estaba no con miedo, sino horrorizado de ver caer muertos y heridos a nuestros compañeros. La cosa era seria.

El sitio de Granada

Pasaron horas sin avanzar un palmo más adelante, ni hacer esfuerzo para recorrer las posiciones del enemigo, y tal inercia era debido por estar herido el jefe, nuestro caudillo; el sol como que corría a ocultarse; serían las 5 p.m. Mi Capitán Lucas Blanco me dio orden para que con mi escuadra que era no más de 14 hombres, fuera a ocupar las casas de nuestra izquierda, cuyos tapias estaban a la orilla del arroyo. No sé por qué se sirvió darme a mí esta orden, no siendo más que Sargento, y no al oficial; pero amoldado yo a la subordinación, obedecí con presteza.

Venciendo dificultades, subimos las tapias de la primera casa, y haciendo boquetes en las siguientes. En uno de esos corrillos encontramos muchas familias favoreciéndose; por la baja ventana de una pieza de dicha casa, se veía un altar, velas encendidas, tres sacerdotes arrodillados uno de ellos era anciano; les acompañaban unos pocos particulares.

Las familias en el patio y mediaguas lloraban y se arrodillaban ante nosotros; los pequeños también lloraban y temblaban, con sus manecitas tendidas suplicaban; cantaban unas al Santo Dios, otras el Alabado; aquello bien presente lo tengo, era una confusión. Yo vestía buen sombrero, pantalón de casimir celeste, centro de piqué con florecitas menudas de seda, corbata orilla tinto y saco marino azul turquí; procuré aunque muy joven, calmar y consolar a aquellas gentes, ofreciéndoles garantías. Serían las seis de la tarde.

Mis soldados se ocupaban en hacer boquetes para avanzar. Al hacer recuerdos siento estremecimientos, temblo del peligro inminentísimo en que íbamos, tan desviados del resto del ejército y sin conocer aquel lugar; tomaba la orilla del arroyo y tan envuelto en las espesas sombras de esas noches lluviosas. Bien pudo el enemigo habernos arrollado. Nosotros, sin embargo, al vernos en tal peligro y las dificultades para hacer en caso forzoso una retirada, nos internamos hasta llegar a la esquina frente a la trinchera y línea enemiga, que a más del incesante tiroteo, arrojaban a la calle envoltorios empapados en alcohol o alquitrán, para darse luz. En la esquina en que estábamos no habían muebles; solamente en el salón había a su alrededor pilones de azúcar y sobre varas colgadas de los tirantes. Como es natural en tales casos, en que las cosas que caen en manos de hombres de mala educación, sin economía, ni reparo ni respeto, cada uno tomó el suyo, haciéndolo pedazos, pues todo ese día no se había tomado ni siquiera agua, pues los charcos que en el camino se encontraron sus aguas estaban negras de lodo, con las pisadas de hombres, bestias y carretas. En las esquinas del corredor y las mediaguas del pequeño patio habían grandes pie-

dras que servían de pilas; éstas estaban llenas de agua; ellas quedaron imbebibles por su excesiva dulzura, pues cada individuo metía su pedazo de azúcar.

Los disparos que por trincheras y claraboyas hacían los contrarios eran dirigidos a la calle, pues sabían que las casas vecinas estaban solas. Nosotros no hacíamos ruido y las puertas de la esquina estaban cerradas. Dispuse formar tras ellas una trincherita y se puso en obra; pero un pequeño golpe de una piedra que tocó la hoja de la puerta, bastó para hacerla pascón a balazos. Suspendimos el trabajo y nos pusimos en vigilancia; la condición de los hombres del pueblo los hace indolentes, desatendiendo el peligro por frivolidades. Varios de estos soldados penetraron en otras piezas de la casa y encontraron ocho garrafrones de vino de marañón. Me apoderé de ellos y le dí a cada uno su dosis y al descuido fuí derramando todo el resto.

Como nosotros nos quedamos vigilando y en profundo silencio, pudimos observar que la línea sur de la calle, frente a nosotros, tarde de la noche, la venía cubriendo una tropa nuestra: era mi antiguo Capitán Andrés Somarriba (a) Muñuque. Quedó ocupada así la línea sur y tan al pie de la trinchera enemiga nadie estaba como nosotros.

Amaneció el día 27; yo, con un cabo y seis soldados, fuí a recorrer los corralillos de las casas que estaban más al norte de la esquina en que pasé la noche; pasando el primer corralillo, llegué a otro, cuya tapia norte estaba a la propia orilla del borde del arroyo; observé que de la tapia hacia el oriente había una mediagua que caía a la calle, cuyo fin de ella era bajada al arroyo; y se abrió un boquete y entramos; esa pieza tenía un angosto corredor, que quedaba a media calle; dicha pieza de casa se ocupaba de pulpería; ésta bastante provista de víveres y otros artículos. Calladamente nos preparamos; híceles llegar víveres a los que dejé en la esquina, poniéndome de acuerdo con el Capitán Muñuque, para providenciar, pues debía proveerle parte de dichos víveres; auxiliado así Muñuque, regresé al lugar de la pulpería con todos mis individuos; se hicieron claraboyas, y la puerta que había la aseguré con trozos de madera y leña. Pasamos la tapia de la orilla del arroyo, y yo, con un embreado en la punta de la lanza, corriendo me coloqué tras el horconcito del corredor. El enemigo por sus claraboyas me hizo un fuego tan vivo, que salieron astillas del horconcito con que estaba medio cubierto. También me hacían fuego los de la esquina sur de la trinchera. Mi retirada de ese punto era peligrosísima y permanecer en él mucho más. Hoy más: mi vestido, aunque sin distintivo militar, me hacía aparecer jefe de importancia. No había otro medio más que resolverme a morir, pero en esos supremos momentos se me vino la idea de que morir ocultándose era morir sin honor. Encomendé mi espíritu a Dios y le pedí su divina protección, y me lance a la calle sobre aquel disparar de todas direcciones, colocándome entre dos claraboyas y soplando el tison para prender el mechón. Mis soldados abandonaron el lugar donde estaban favorecidos y corriendo atravesaron la calle, no sólo sobre los disparos de las claraboyas de frente, sino también de la trinchera y garita de la izquierda: ellos también se colocaron a ejemplo mío, disparando entre ellas sus fusiles, que hasta en ese momento se hacían los primeros tiros. El alero de la casa

comenzó a arder: nuestros disparos por sus propias claraboyas, el techo ardiendo, los golpes en el zaguán y los gritos de mueras, era y fue para ellos cosa espantosa. Fue rota la puerta; entramos vivando a nuestra causa democrática y a nuestro jefe, General Jerez. El enemigo abandonó su puesto y haciéndonos fuego en retirada, nos dejaron dueños de ese local, pasando ellos por sus boquetes a otro corralillo. Al entrar nosotros a ese primer boquete, mi Cabo, que iba más a mi costado, fue muerto, recibiendo el balazo en el pecho: pero esta víctima nos puso con mayor ardimiento. Un oficial, sólo, llegaba en esos momentos y le ví por haberme tirado de un brazo, diciéndome: "Amigo, ese es un valor brutal; la vida, una vez perdida, no se vuelve a hallar". Sin embargo de tan sabia advertencia, no nos detuvimos; ellos estaban colocados en una puerta que formaba triángulo, y tanto de ese lugar como de una ventana que había en la culata de la mediagua, nos batían con precisión para no dejarnos avanzar; mas no resistieron nuestro empuje y abandonaron la puerta, huyendo como niños, quedando dentro la mediagua cuatro de ellos que hice prisioneros; allí se presentó un Capitán a quien yo conocía, acompañado de tres individuos de tropa, y quiso quitarme a los prisioneros que mandaba a Jalteva, para fusilarlos en ese mismo lugar; yo y los míos nos opusimos, burlando así sus deseos, pues quería aparecer ante los jefes y compañeros como un valiente. La dicha mediagua estaba atestada de tabaco en rama, cajas de licor, cajas grandes y bultos de mercaderías, lo mismo que en el largo corredor. En el salón se veía el lujoso mostrador: era uno de los grandes almacenes de aquellos felices tiempos; sobre dicho mostrador se admiraban las sumas de paquetes de moneda. Este establecimiento estaba con las puertas de par en par y solo.

La Punta de Córdoba

A los huidores les había llegado refuerzo y con eso pretendieron quitarme el local del almacén y fueron ellos los que retrocedieron hasta el último corralillo que hacía esquina con la boca-calle llamada "Piedra Bocona"; hice cerrar el boquete y coloqué dos centinelas para que por las claraboyas vigilaran el solar y casa oriental. Esa misma mañana ocupó el Capitán Dolores Aragón la casa que hacía tope a la Calle Atravesada, en cuya línea oriental y frente estaban las celdas de la Merced, y en línea hacia el norte y tapia de por medio, conmigo, a la que le hicimos un ancho boquete para comunicarnos y protegernos, teniendo Aragón las casas que seguían al oriente, en escombros, pues estaban ardidadas de parte del gobierno, indudablemente para impedir nuestro avance. En línea recta, calle de por medio se hallaban Aragón con Muñuque, y más al sur Galarza, y en seguida Francisco Navas, esquina con la Iglesia de la Merced. Yo, como ya dije, era el primero que estaba al norte e inmediato a la calle; conocí la "Piedra Bocona" y se llamó dicho puesto "Punta de Córdoba".

Como a eso de las 10 u 11 a.m. que llegué a ese punto en seguimiento del enemigo, procuré asegurarlo para mientras los jefes superiores disponían lo conveniente. Recordé mandar un parte y lo hice llegar a Jalteva en el acto, sacando al mensajero por los varios patios que tenía a mi retaguardia, siendo el primero el

del zaguán que rompimos para desalojar al enemigo. Me concentré a mi puesto, observando que en la elevada torre de la Merced habían rifles, pues me hicieron unos cuantos disparos. Yo obraba a mi voluntad, puesto que ni jefes ni tropa llegaban siquiera por curiosidad; observando que la entrada de esa línea estaba a la bajada del arroyo y paso del barrio del Hormiguero y en descuido, pues con tan poca tropa no me era posible poner un retén, dispuse poner un cabo con dos soldados en el segundo boquete de mi retaguardia; llegando en esos momentos el correo que fue a Jalteva viniendo acompañado de un oficial y ocho números de tropa. A este oficial le dí la consigna de estricta vigilancia hacia la retaguardia, colocando a esta escolta en las claraboyas. El parte que mandé fue éste: "Señor General: Creo que mi Capitán no sabe de mí, puesto que no he visto ni a mi oficial, ni a ningún ayudante. Estoy solo con 13 hombres en una casa que está a la orilla del arroyo. Por el tapial de la derecha veo que estoy en línea recta con la torre de la Merced; aquí espero recibir sus órdenes".

En seguida de haber llegado el correo y la escolta con el oficial, llegó el Coronel Juan Benito Anduray y su ayudante, con quienes reconocimos lo avanzado, observando los soldados y casas que estaban adelante en completa soledad. El jefe Anduray dijo que estaba inmediata la esquina que decían "Piedra Bocona" y me informó que los Capitanes Muñuque, Aragón y Navas ocupaban el centro, frente a la Merced. Pasó a reconocer el punto que momentos antes había ocupado Aragón; mi puesto era el primero hacia el norte y por lo mismo más peligroso: en efecto, se propuso con toda enteraza restablecer la línea que pocas horas antes les había quitado. Fuí batido por los boquetes primero, y atendiendo a que mis soldados no se dejaron quitar las claraboyas de nuestra tapia y que otros atendieran a las ventanas del Salón que caían a la calle, mis fatigas eran inexplicables. En tales apuros, oí las descargas que hacía el oficial de la retaguardia; el enemigo, que vino entre el arroyo, se entró por el zaguán roto hasta encontrarse con la pequeña escolta que vigilaba la retaguardia; corrí con mi fusil en mano hacia ellos llegando a tiempo que el enemigo aun no se contenía a pesar del fuego que se le hacía; les dirigí a mis compañeros la palabra, diciéndoles: ¡Fuego y bayoneta! ¡Los que queden vivos quedarán salvos!"

Córdoba cae herido

El Capitán Aragón había asegurado su puesto con una parte de su compañía, y con el resto pasó a protegerme. Protección oportuna; el esforzado enemigo se vio batido por su derecha cuando nos cargaba a bayoneta. Así tuvieron que abandonar su intento, retrocediendo hasta tomar el arroyo, dejando tres muertos y cinco heridos; éstos contaron que a varios muertos los echaron en los pozos; pasé a las ventanas creyendo alguna novedad grave, pero era el fuego que se les hacía a los que se corrieron por el arroyo. Pocos momentos después abandonaron su empeño los que nos batían por las tapias de oriente; yo, haciendo observaciones por una claraboya, no me ví que estaba en blanco para los rifles de la Merced, y un tiro de ellos me hizo caer boca

abajo, pasando la cacerina y deshaciendo una parada, quedando la bala encarnada en la cabeza de mi lomo, contra el espinazo; el golpe fue agudo. Mis soldados abandonaron sus claraboyas y corrieron hacia mí, que me creyeron muerto y manifestaron su gozo al oír que les dije: "No abandonen su puesto; atiendan al enemigo". Uno de mis soldados le dio parte al oficial de la retaguardia y al Capitán Aragón, quien con su tropa regresaba a mi puesto. Aragón se apresuró a ponerme en una cama y me mandó a Jalteva. En la tarde, por uno de los cabos que llegó a verme, supe que el enemigo abandonó su proyecto y que estaba reforzado el llamado "Punta de Córdova" con el Capitán Cruz Azmitia y su compañía. A este Capitán le mandé especiales recomendaciones para el oficial y mis soldados.

En el acto que llegué a Jalteva, un cirujano, acompañado de los doctores don José Guerrero y Sediles, me extrajeron la bala y prepararon la herida. El 10 de Junio, mis muchachos, que constantemente me visitaban, me informaron que en nuestro puesto no habían más que 15 individuos de tropa, porque muchos se habían desertado, llevándose las mercancías y dinero del almacén por el que pasamos persiguiendo al enemigo, y que no estaban más que los estantes y el mostrador. Que en el cuarto donde tomamos los cuatro prisioneros se andaba sobre un colchón de tabaco pisoteado. Que en el corredor y patio se veían cajones quebrados, papeles y zunchos.

Los jefes que habían avanzado en la línea centro y sur, también habían dejado atrás tiendas de mercancías y muy buenas pulperías. De todos estos intereses se adueñaron muchos que sólo habían tomado el arma para ir a hacerse de fortuna, y de éstas conozco muchas y otras que las he visto acabar.

El transporte de tales intereses dio el resultado de que dicho ejército democrático quedara reducido a unos pocos centenares y motivo de sensibilidad para el que sólo aspiraba al triunfo de unos principios que debían transformar a nuestra querida Patria.

Hablando yo con un amigo, ayudante del Estado Mayor, quedé informado de que los tres cuerpos de operaciones no habían más que tres pelotoncitos, y que en las trincheras y puestos, lo mismo que en la guardia de honor, solo habían soldados para las centinelas; y de estas escasas guardias todas las tardes se entresacaban soldados para reforzar la línea frente al ala del enemigo. Aunque tal amigo ya no existe, le tributo aún mi eterna gratitud.

En el acto de tener tan tristes informes, los tomé por mi cuenta y examinando detenidamente tal situación, vi el infalible peligro.

Mi herida estaba muy mejorada y dándome ánimo me levanté de la cama, y entre la iglesia no más, pasé a la sacristía. El General y doctor José Guerrero me vio primero, y levantándose de su asiento se dirigió a encontrarme, dirigiéndome palabras de cariño, lo mismo que el Auditor de Guerra doctor don Remigio Jerez y el jefe querido, General Máximo Jerez, que estaba en su cama.

Después de preguntas y repreguntas respecto de mi salud, me preguntó que si necesitaba algo; yo contesté que sí, y de mucho; que necesitaba recuperar mi energía para estar apto para algún caso que lo exigiera. Me despedí de ellos, recibiendo las palabras doradas que son

muy lucidas en esas circunstancias y regresé a mi cama que estaba bajo del coro.

Contraataque granadino

El enemigo estaba bien informado de la mala situación de nuestro campamento y esto le prometía un triunfo completo.

El día 11, como a las 8 a.m., el enemigo se apoderó de la trincherita nuestra de la callejuela que va para el barrio de Pueblo Chiquito, y que estaba con solo calle de por medio con la plazoleta de la iglesia de Jalteva, que era nuestro cuartel general. El centinela de dicha trincherita, que estaba solo en ella, disparó su arma y corrió a la iglesia, a la que no llegó por haber sido muerto. ¡Oh día, que amargo es tu recuerdo!

Por la calle de la entrada venía otra tropa batiendo nuestros reducidos cuarteles de la retaguardia. Toda la línea avanzaba y situada desde el norte al centro y sur hacía fuego, porque el asalto que intentó Chamorro fue general. La tropa que en pequeño número estaba en la iglesia se batían con los que tomaron la trincherita. El Coronel Hilario Olivas y otros de sus oficiales, que eran de la caballería, se presentaron en la sacristía, diciéndole Olivas al General Jerez, que apenas podía sentarse en su lecho, que montara para ponerse en salvo; yo estaba en esos momentos con mi fusil en mano, al lado de mi jefe, para quizá morir antes que él; y ese supremo lance fue bastante oportuno para conocer a jefes y subalternos.

El General Jerez le contestó a Olivas: "Coronel, o el que más pronto pueda, denme un tison, que debajo de mi cama están los que tienen el suficiente valor para salvarme y salvar este campamento". Lo que estaba debajo de la cama eran unos barrilitos de pólvora.

El enemigo estaba peleando a la puerta mayor de la iglesia, con los que en ella estaban defendiéndola a fuego y bayoneta. El General José María Valle Chelón y su hermano el Coronel Esteban Valle con unos pocos individuos de tropa acudieron en auxilio y allí fue muerto el Coronel y herido el General. Yo había regresado de la sacristía y estaba con los que heroicamente defendían la puerta. El fuego era vivo y nutrido en el cuartel inmediato a la sacristía me puso en aptitud de acudir con otros a ella para favorecer en cuanto nos fuera posible al General, cooperando con los jefes que con él estaban. El Coronel Olivas con los suyos se dirigió por fuera a la defensa de la puerta del costado norte de la iglesia, que ya casi en ella estaban los asaltantes, y ¡qué tajo el que con su espada descargó Olivas! desde la cabeza hasta el pecho a uno de los que se lanzaron sobre él y los suyos. Varios de la caballería, sin voz de mando y solo por instinto natural, arremetieron a los contrarios que nos estrechaban.

En aquellos tiempos los de guardia no estaban con sus armas en la mano; por esta razón el enemigo se apoderó de la trincherita, del cañón y las armas que estaban arrimadas. La poca tropa de nuestro ejército bajaba sin armas, ya por la providencia o por los contornos de la iglesia; y en esos momentos de tan grave peligro con palos y piedras defendían su causa y su vida.

La buena fortuna no nos abandonaba; llegó la hora en que el enemigo se consideró impotente; y después de

dos o tres horas de sangrienta refriega, abandonò el campo, dejando muertos y heridos que con los nuestros, fue ocupaciòn de nuestra reducida tropa hasta muy tarde de la noche que quedaron sepultados los muertos de ambos bandos y los heridos en el Hospital.

Con el manejo del arma y la agitaciòn de la fatiga, mi herida sufriò alteraciòn y sus efectos me obligaron tomar cama; me sentía en tan mal estado que presentía un fatal resultado.

El Cuadro de Pueblo Chiquito

En el barrio nominado "Pueblo Chiquito" formò el gobierno de Chamorro un cuadro con buenas fortificaciones, colocando en él un "Colis" y otras piezas menores, buenos jefes y tropa entusiasta en competente número.

En la mañana del día doce se dio un repique con las campanas de Jalteva, salvas de nuestra artillería, la banda hacía oír su melodía por todo el campamento y vivando al gobierno de Honduras y a la valerosa columna que mandò en nuestro auxilio. Esta columna iba al mando del General Toro, y llegó a nuestro campamento el 15. Al siguiente día, combò a la 1 ò 2 de la tarde, se formaron las guerrillas, llevando cada una, tres o cuatro individuos de nuestra tropa, que servían de guía a los hondureños. Por el frente y ambos flancos se hizo la carga a dicho cuadro. Yo no pude estar quieto en mi cama, y al escape de mis superiores me fuí, aunque sin arma llevado de la curiosidad. En el centro iba el Coronel hondureño que se llamó Rosas, y como era joven, de buen parecer y buena figura militar, se le mimaba y tanto más que gozaba del crédito de valiente: y en efecto, lo probò: hizo una carga sobre el cuadro sin que lo detuviera en su rápido avance el tal "Colis" y piezas menores; saltò sobre la trinchera y fue muerto, cayendo al lado de adentro. La derecha e izquierda del referido cuadro estaba defendido por legitimistas que se batían con los bravos hondureños y los pocos pero verdaderos demòcratas.

Fracasa el ataque

No fue posible tomar el cuadro, y el fuego de artillería tanto de ellos como de nosotros, se hizo general por boquetes, torre y trincheras; la arboleda de ese barrio era abundante, quedò todo desramado y el campo cubierto de cadáveres. La divisiòn hondureña perdiò sus dos terceras partes y con el sobrante se reforzò parte de nuestra línea.

Ascenso

Dos días después de dicho ataque y en vista de la escasa tropa de que se disponía, pasé a la sacristía a enseñarle al General Guerrero que estaba cicatrizando la herida y me consideraba un poco apto para el servicio. En la orden general quedò consignado mi ascenso de Subteniente graduado y encargado del puesto de Aragón, que se recordará era en el tope de la Calle Atravesada, que dividía nuestra línea sur y centro, con la que enía el enemigo en la Merced.

El Capitán Aragón había sidò herido dos días antes

por los rifleros de la torre, en momentos en que él se cruzaba en el salón, frente a una ventana en que daba vista a dicha torre; fue llevado al Hospital y después de algunos días, no obstante la buena asistencia, se fue al espacio, para ver desde allá nuestra tiránica lucha. En dicho puesto, Aragón tenía un oficial, dos sargentos, tres cabos y veinte soldados que quedaron bajo mis órdenes; todos los más eran leoneses, pero sí debo decir con toda veracidad, que era la flor de la insubordinaciòn de aquellos aciagos tiempos; agregados a éstos unos seis hondureños de la infortunada divisiòn en los que a fines de ese mes de Junio, comenzò con todo su furor a hacer estragos el mortífero vòmito prieto.

Hambre y sed

A todos los que estábamos en esa línea mortífera y aún los de cerca de Jalteva, nos desesperaba el hambre y la sed.

La causa de lo primero lo motivaba la total falta de víveres; porque de la plaza constantemente salían descubiertas de tropa a los caminos, para tomar a los vivanderos que de los pueblos nos llegaban, ni conocíamos sueldo ni socorro, los que adquirían alguna moneda, era vendiendo objetos hallados en las habitaciones abandonadas, esos tales, mitigaban el hambre y la sed, con el guaro que se vendía a precio subido, por cuya razòn lo introducían al campamento en cantidad.

El agua era asunto de vida o muerte. Todos los pozos de ese barrio estaban infestados con los cadáveres del enemigo que allí sepultaban. Solamente había un pozo allá por la Casa de Pòlvora que era en la entrada, y se le llamaba el "Pozo de Oro"; pero pocas veces se lograba tomar agua en alguna cantidad sin que costara sangre y vida, pues el enemigo constantemente lo vigilaba, ya de la torre, ya de la plaza y del cuadro de Pueblo Chiquito salían descubiertas a impedir tomarlas y el combate se hacía mortífero; solo la noche era la que mediana para el descanso de los beligerantes.

Los hondureños no respetaron tomar el agua de algunos pozos que creían estaban sin cadáveres, y por tal motivo, en ellos tuvo la fatal apariciòn del vòmito prieto, que dio fin con esa primera divisiòn auxiliar.

Radicati

El Coronel Radicati, jefe de la artillería, con la culebrina llamada San Pedro, derribò una parte de la torre de la iglesia la Merced, y después formò una explanada sobre las paredes de la casa almacén, donde tomé los primeros cuatro avanzados, el 27 de Mayo. Explanada con la mayor solidez, allí colocò el San Pedro y otra pieza menor, con las que constantemente hacía daño al enemigo aun en sus propios alojamientos.

En el campanario y techo de la iglesia de San Francisco, habían también rifleros que bastante daño nos hacían: y en represalia, Radicati les disparaba con sus dos piezas balas razas y palanquetas. Esta explanada quedaba a la retaguardia del punto Aragón que yo ocupé el dieciocho de Junio, como todo un subteniente graduado.

Jefe de subordinados

Mi vida en ese puesto estuvo más en peligro con mis inmediatos subalternos, como no lo estaba menos con el enemigo. Ya saben mis queridos lectores, que clase de hombres eran: y la nota más sobresaliente en ellos era la insubordinación que acompañada del alcohol, se perdían de vista. Por tal razón, los cadáveres de los hondureños y de los nuestros, que habían muerto y morirían aun, de la epidemia del vòmito prieto, estaban insepultos tirados en cuartos y corredores de aquel recinto, infectaban groseramente el aire que se respiraba. Era necesario morir o hacerse obedecer. De la explanada de Radicati a mi puesto, se caminaba por puertas y boquetes en las habitaciones de intermedio. En el boquete de nuestra pieza de habitación, coloqué un sargento con un cabo y tres soldados. Nombré, del resto, tres pelotoncillos, el tercero de mayor número con sus armas y los otros sin ellas: teniendo la precaución de apoyar éstas para no dejar tomarlas. Tomadas mis precauciones dí la orden para abrir zanja, a unos, y a otros para traer los cadáveres.

A esta orden se opusieron todos; corrieron a tomar sus armas vociferando palabras de insurrección, y a pesar de nuestra resistencia lograron unos tomarlas, haciendo aparecer en aquellas habitaciones un alzamiento, disparando sus armas contra nosotros y otros con bayoneta calada a los custodias del boquete. En tres hondureños tenía confianza. El Coronel Radicati al oír la detonación de los disparos y las voces levantadas, corrió con una parte de sus artilleros y penetró hasta donde yo estaba y él y su oficial hicieron uso de sus espadas, y su tropa formada en actitud de hacer fuego. Los insurrectos a pesar de su obstinación, fueron desarmados y corregidos después que dieron sepultura a dieciocho cadáveres.

Zapadores en acción

Después del sangriento asalto que se hizo al cuadro el 15 de Junio, salió una comisión a la ciudad de Rivas, cuyos jefes eran las señoras Méndez y la otra Mercedes: esta comisión regresó en Julio, trayendo gran cantidad de cacao; éste fue distribuido entre jefes, oficiales y tropa; mas como no había con quienes negociarlo, se entretenía la tropa jugándolo. En esos días, tendido yo sobre el pavimento viendo pasar de una mano a otra la cantidad de dicho cacao, advertí barretazos y llamé la atención de los demás, quienes aplicando el oído al pavimento se apercibía con más claridad aunque sin apreciar dirección. Inmediatamente mandé un parte escrito a los jefes y dio por resultado el que llegara el General Guerrero, llevando consigo a un tambor con su caja, la que puesta sobre el pavimento puso sobre el parche dos moneditas de plata las que al golpe de la barra saltaban; no quedó duda de que el enemigo trabajaba; mas como ese puesto quedaba en línea con las celdas norte de la Merced, con sólo la calle de por medio, nos supusimos que aseguraba sus puertas y demás lugares que creía débiles.

Al tercero día como a las tres de la tarde, una explosión hizo estremecer aquellas habitaciones: habían trabajado una excavación atravesando la calle, y creyeron habían llegado con dicha mina al centro de mi

puesto y esa equivocación estuvo a nuestro favor. Les faltaban como dos varas aún para llegar al cimientito. Las paredes de la casa se abrieron y en la tierra quedó parte de ellas. Del techo nos cayó mucha parte de su material y el humo y polvosal nos cortó la respiración. Los legitimistas, para quedar dueño de nuestro campamento, al dar fuego a los barriles de pólvora de la excavación, tenían listas las tropas entre aquellos montos de escombros de las casas quemadas, y cargaron con decisión sobre las paredes y tapias rotas de nuestro puesto. ¡Oh, que apuros para los que se asfixiaban con el humo y polvo de la referida explosión! Los fusiles enemigos se veían introducidos por las aberturas de las paredes, nos hacían luz con los fogonazos, los golpes en las puertas, los gruesos proyectiles de su artillería y el consecutivo rugir de sus piezas y fusiles, junto con sus gritos e improperios, era una cosa espantosa. No se percibían los que morían ni los ayes y quejidos de los heridos.

La muerte se multiplicó arrebatando vidas a diestra y siniestra. No es mi pluma la que pueda siquiera bosquejar todo lo ocasionado en esa tarde; pero aunque soy incompetente debo dar a conocer que eran soldados entusiastas de su causa los que me acompañaron hasta hacerlos desaparecer, dejando entre charcas de sangre a muertos y heridos. No obstante de estar tan rendidos y de quedar tan reducido el número de mis soldados, el trabajo era necesario. Se dio sepultura a los muertos y se llevaron a los heridos al Hospital. También se atendió la reparación de nuestro puesto, casi destruido, aprovechando la oscuridad y el silencio de la noche. También, y con mucha precaución se recogieron cinco muertos que eran los que quedaron más cerca de la pared. Los demás más largo, ellos los recogieron, porque no amanecieron.

El día 5 de Julio fue notable, pues desde a las cinco de la mañana el enemigo se presentó por la Casa de Pólvora con su bravura acostumbrada; todo el día fue de llevar muertos y heridos a nuestro cuartel general, reconociendo entre éstos a amigos muy queridos.

Nuestra línea de vanguardia, sosteniendo a los que de frente nos batían siendo mi puesto y el del Capitán Azmitia los más estrechados; el de éste por estar inmediato al arroyo y ser el primero hacia el norte, y el mío por estar frente a las celdas de la Merced y tener al oriente los escombros de las casas quemadas. Pero entró la noche a darnos descanso, quedando la artillería de ambos bandos en su mayor vigor hasta ya muy noche.

Deserciones y bajas

Triste es decirlo, y tú lector quizá dudes lo que he dicho y lo que voy a decir. Si a principio de nuestra llegada a Jalteva y que por el transporte de los haberes, el ejército democrático quedó lastimosamente reducido, pues entre muertos, heridos y los que como comerciantes se habían presentado, nos hizo ver que sólo jefes del departamento occidental se miraban en nuestro campamento y muy contados los individuos de tropa. El día 6 amaneció y el semblante de los que estábamos como comandantes en nuestros respectivos puestos, era el semblante de un cadáver al ver que el que más número de tropa tenía, no llegaba a seis. Creíamos que ese día, se daría la orden de levantar el campo. Esta creen-

cia nos puso de acuerdo a todos los convencidos de decir al jefe (caso se diera tal orden) que en dicho campo estaban sepultados millares de amigos y compañeros que inmolaron su vida por los principios liberales y que también nosotros debíamos inmolarla para nuestra gloria. Así los ánimos y disposiciones en ese aciago día.

Reses flacas y esperanzas

El hambre se hacía sentir, y sensible era ver y oír lastimosos quejidos y lamentos de tantos heridos que deseaban poder abandonar su lecho de dolor para buscar un mendrugo. Al siguiente día entró una partida de reses que de León nos mandaban: pero qué reses Dios mío! Sólo eran el cuero y los huesos. Esto basta para concebir nuestra situación.

La comisión de dicho ganado nos dio la pausable noticia de estar en camino una división en que, de Chinandega iban los Capitanes Concepción Gómez (a) Madeja y Francisco Herradora; esta noticia nos hizo olvidar la tan dura situación y amargas penalidades.

Comisión de paz

Llegó dicha división de cuatro a quinientos hombres; se reforzaron los principales puestos; al Capitán Azmitia lo pasaron a mi puesto, quedando el que esto escribe bajo sus órdenes. También llegó el señor Presbítero Salazar, como enviado de Guatemala, y otro señor por el de El Salvador. Se suspendieron las hostilidades. Castigándose con severa pena al que disparara un tiro: tanto a los de la plaza como a nosotros: días de gozo fueron estos porque ambos beligerantes estábamos en descubierto, ya en las trincheras, ya en las ventanas y puertas, platicando, viéndonos y haciéndonos preguntas. Al siguiente día de esta suspensión hubo un disparo de fusil de la torre a la trinchera nuestra, que aunque cubierta de muchos individuos no hizo daño el proyectil, pero fue motivo para que todo el campamento se pusiera en actividad. El señor Presbítero Salazar y su colega pasaron de la plaza a Jalteva manifestando por parte de Chamorro, que iba a ser castigado el que cometió la falta del disparo y que pedía lo presenciarian los demócratas. Con tan grata satisfacción, el General Jerez, de conformidad con los demás jefes, se pidió indulto al gobierno de Chamorro.

No habiéndose ajustado la buena armonía entre los bandos, al tercero día se rompieron las hostilidades.

Borrachera y traición

Dos o tres días después, a la tropita de mi puesto los observé que salían buenos y regresaban borrachos e igualmente el Capitán Azmitia. Este Capitán no permanecía en su puesto, ni daba ninguna orden relativa al servicio; su conducta me fue extraña, poniéndome en cuidado y más me hizo entrar en desconfianza el estar sacando soldados para emborracharlos. Uno de esos días, como a las 2 ó 3 de la tarde, los disparos del cabo y centinela de tapia que vigilaban los escombros de las casas quemadas y solares montosos, dando al mismo tiempo la voz de "el enemigo" me puso en actitud con los pocos soldados que estaban. El enemigo no se de-

tuvo, cargó sobre los pocos disparos que por claraboyas les hacíamos; lucharon por romper una puerta que antes daba pase a las familias, a las piezas que ardieron; se subían a los árboles que estaban inmediatos a las tapias con propósito de caer en nuestro patio, por estar sólo defendida por un cabo y dos soldados. Todos los asaltantes llevaban puñales afilados para hacer el degüello; una hora, más o menos, de este cruel asalto me llegó auxilio y dicho puesto fue valerosamente defendido, y era el punto contratado por el referido Capitán Azmitia y el ayudante Miguel Vélez, pasándose el último de éstos a la plaza esa misma noche para ponerse a salvo.

Esta venta fue descubierta; habiendo tomado interés en ella dos mujeres jaltevanas, que eran las de la comisión entre los negociantes. Estas fueron mandadas a León y sólo Azmitia por su borrachera, sufrió la pena de muerte por las espaldas, como traidor.

El Coronel Méndez

El Coronel Mariano Méndez, no era conocido de la mayor parte de los que formábamos el ejército democrático, por cuya razón nos sorprendió ver una mañana a la banda que tocando alegres piezas, recorría nuestras líneas vivándolo; y ciertos instrumentos tocaban el Santo Dios, haciéndoles comprender a los legitimistas, que Méndez era el que iba a acabar con ellos. Llegó Méndez, y su entrada al campamento fue con repiques, vivas y salvas de artillería.

Méndez fue desde ese día el jefe de la caballería y muy temprano de la mañana siguiente salió rodeando a Granada a la costa del lago capturando al señor Rivas y compañeros, los que fueron ejecutados al siguiente día.

El temible Coronel Méndez siguió haciendo sus excursiones a uno y otro lado sobre el lago, ahorcando y fusilando a vivanderas que de los pueblos se dirigían a la plaza, o correos que entraban o salían. Justamente que era el terror.

En la maestranza

La maestranza estaba inmediata a la iglesia y el Capitán que con su compañía permanecía en ella, era don Pedro Araujo de San Felipe: éste se enfermó y a mí se me sacó de mi puesto de la línea vanguardia y quedé en reposición de Araujo. En dicha compañía sólo había un oficial, joven, descalzo, no sabía leer, menos escribir, pero me aseguraron que como valiente no dejaba qué desear.

Quedando yo como jefe de dicha compañía, el oficial me saludó con respeto y cariño manifestándome que ya tenía quien le acompañara en el peligro y que solo muerto me dejaría solo. Yo le rendí las gracias y le dije: "Que yo no era como le habían dicho, pero que como soldado sabía cumplir con mi deber".

No recuerdo si a fines de Agosto o a principio de Septiembre, en una tarde, salió el Coronel Juan Benito Anduray con una partida de tropa a batir a los legitimistas que guardaban la hacienda Calpules del señor Presidente Chamorro. Al siguiente día temprano de la tarde, ingresaron al campamento trayendo prisioneros, armas y bestias.

Ya se sabía que en Honduras se alistaban tropas que venían en nuestro auxilio: por varios puntos de los suburbios de Granada se libraban ligeras acciones de armas; lo mismo sucedía en los puntos de la línea de vanguardia, otros días funcionaba solo la artillería tanto de una parte como de la otra.

Ayuda hondureña

Nuestro ejército se alistaba con gozo al saber que sólo se esperaba la llegada de una tropa o compañías que de León debían llegar para dar un asalto a la plaza; en efecto, llegaron dichas compañías, y también el parte de haber ingresado a León la división hondureña al mando del General Mariano Alvarez y que se moverían tan luego hubieran descansado.

En esos días de Septiembre, —aunque no era sastre—, por ver en mi mano un real, me comprometí a coser salveques, calzoncillos y sábanas para los heridos.

El veintiocho de ese mes, nos llegó la noticia de que la tropa hondureña llegaba esa tarde a Masaya. Todo lo que veíamos y sabíamos era alegre para todos, y principalmente para los que con lealtad y firmeza enarbolamos la bandera de nuestro credo liberal, reduciendo al estrecho recinto de la plaza al gobierno y sus adictos.

Ataque legitimista

Al siguiente día, veintinueve, con los claros reflejos del sol naciente, se vio al enemigo en la entrada de esa calle real desafiando a nuestro ejército. Jefes montados, haciendo relucir sus espadas con los reflejos del sol: con ellas nos llamaban a combate. Gran esfuerzo era necesario de parte de nuestros jefes para organizar los grupos o pelotones, que por sí, se lanzaban sobre ellos. Se dio principio al combate y cada momento se notaba más encarnizado. El enemigo, a pesar de su tenaz resistencia, abandonó el paraje donde se hizo ver. Como a las once o medio día, los demócratas venían de abajo arriba cargándolos con envidiable bizarría, en aquel campo cubierto de grieta, jícaros y zarzales. Sin duda que de la plaza y por el barrio de la Otra Bandita y el de El Hormiguero, les llegó refuerzo porque allí hicieron fuego a pie firme. El valiente, joven, Coronel Jesús Mayorga, pasando el arroyo con su tropa cerca del Hormiguero, entre jícaros, grietas y zarza, les picó la retaguardia. Allí le mataron al brigada José María Herrera de Chinandega, y también el caballo que montaba. Llegaron aunque con poca tropa en su auxilio, los Coroneles Méndez, Matías Carbajal y Lucas Blanco, viejano. Allí los legitimistas hicieron resistencia admirable a los demócratas desde la entrada y a los que por el arroyo les picaron la retaguardia.

Una hazaña del autor

Yo tenía lista mi diminuta compañía con dos paradas cada individuo, aguja y piedra de reserva. Llegó montado nuestro jefe querido General Jerez con el Mayor General Trinidad Salazar. Me preguntó si estaba lista mi compañía y me da orden que desfilara. Llegamos a la última trinchera en la bajada del arroyo y me dijo el General Jerez: "Pase a ese barrio, con mucho cuidado de

la torre, va a proteger a Méndez y a los otros jefes que con él están". Yo salí y tan pronto pasé el arroyo, procuré ir cubriéndonos hasta encontrarme en la entrada de un caminito con la avanzada nuestra. Me reconocí con el oficial de dicha avanzada, era el Teniente Carmen Bonilla, de Chinandega. Llegué al lugar donde estaban jefes y tropa, ésta con rodilla en tierra sin hacer fuego. Estaban entre unos zarzales; como a seis pasos veía el cadáver del brigada Herrera, y junto a él, el caballo que montaba Mayorguita. Al presentarme, me dijo Méndez: "A qué vienes, chelito?". —"A protegerlo de orden superior", le dije. Hacia a la izquierda un poco oblicua y como a treinta pasos y aunque por la divisa bien se conocían ambos que eran contrarios; sin embargo no se ofendían. Como a cuatro pasos más adelante de los muertos, estaban unos barrancos altos cubiertos de monte; allí no se veía nada. Méndez montaba una mula parda, alta y rabona. El me dijo, que saliéramos para saber la causa porque no nos hacían fuego los que estaban a la vista. Salimos, yo al estribo y nos acercamos a los dos cadáveres; tanto los que estaban oblicuos como los que estaban cubiertos tras los barrancos nos hicieron su descarga, recibiendo Méndez dos heridas, y su mula también herida de una pierna. Méndez retrocedió a incorporarse a los nuestros; yo quedé solo y retrocedí también sin recibir golpe; en el acto que estuve entre los míos, ordené al oficial Santeti tomara soldados y por entre la zarza picara la izquierda de los que estaban bajo los jícaros. El fuego que nos hacían no era tan vivo. Tuve que aplicar la espada para que se pararan y avanzáramos sobre los barrancos. Mi oficial se batía en serio con los de los jícaros, que no eran pocos. En la carga que hice sobre los de los barrancos, sufrí un golpe en la canilla izquierda, creí que me la habían quebrado; este golpe me obligó a sentarme; igual cosa hicieron mis soldados, mas habiendo observado que no había herida, me paré con el objeto de rodear los barrancos y creí que mis compañeros me seguirían; iba solo, encontrando al jefe enemigo, montado; éste me tomó del pelo y empujándose en sus estribos descargó el golpe de su espada como a derribarme la cabeza. Yo me estreché contra su pierna levantando doblado mi brazo izquierdo y recogiendo mi espada se la apliqué al costado. Con el golpe de su espada me hirió el antebrazo, cayendo el resto de ella sobre mi espalda. Mi espada le atravesó creo que el corazón, pues arrojándome una bocarada de sangre, su cuerpo se vino sobre mí, cayendo ambos al suelo: él a mi izquierda. Dos de sus soldados poniendo sus bayonetas casi sobre mi cuerpo, dispararon su armas. Los dos proyectiles dieron en el blanco, el uno atravesándome el abdomen y el otro debajo de la barba; mi corazón saltaba y creí que sus golpes por romperme el pecho eran oídos por el enemigo, ya sentía entrar las bayonetas —y digan los falsos creyentes que yo soy fanático— pero creo ciegamente que el escapulario de Mercedes que llevaba conmigo, me favoreció en ese crítico lance, pues en esos momentos se oyó el viva de la protección de Honduras, al mismo tiempo que hacían su primera descarga sobre los que me hacían agonizar. Entonces abandonaron sus barrancos internándose entre los zarzales. Abrí los ojos y ví a los hondureños, me levanté teñido en sangre, en sangre enemiga; corrí hacia mis salvadores, sin sombrero y con el pedazo de espada

colgado del brazo por un cordón que la engarzaba, y he aquí otro peligro no menos grave. El jefe hondureño agitaba su caballo y blandía su espada y yendo sobre mí a darme muerte, pero yo le grito: "Soy democrático, presénteme a mis jefes". Mientras esto hablaba sus oficiales y tropa se batían con el enemigo que iba en retirada. Suspendida, la tentativa del jefe hondureño contra mí, retrocedí al lugar de mi agonía. Recogí la espada enemiga, quitándole la faja y vaina al muerto, sin sacarle el resto de la mía que atravesada la tenía en el pecho. Este era el chele Molina, hijo de doña Dolores Molina, viuda del infortunado Guadalupe Rivas, asesinado por Somoza en su hacienda de cañas. El chele Molina era joven y por su bizarría, el General Chamorro decía que era su brazo derecho. El Coronel Chipirindanga, hondureño, también reconoció como un milagro mi salvación, sin embargo, me mandó a Jalteva con el Capitán Juan Chipagua y soldados.

En el campamento

La tropita que rodeaba la Iglesia de Jalteva me reconoció desde lejos y el General Guerrero, salió a mi encuentro y sin duda era tanto su gozo de verme, que abriéndome sus brazos, me dijo: ¡hijo, te mataron! sonriéndome yo de su pregunta le contesté: "No General, vengo vivo". Entramos a la sacristía, me preparó la pequeña herida, y me dio una copa de aguardiente. Cambié mi vestido ensangrentado y tomando unos voluntarios me fuí con ellos y los que había traído al lugar donde se batían que era en los barrios de El Hormiguero. Yo como muy conocedor, con los míos y unos hondureños flanquéábamos a los contrarios, logrando capturar a una señora que le llamaban Leona Cordonera; esta señora con su tercerola en mano, distribuía parque a los suyos.

Nuestros jefes y tropas, reunidos con los de Honduras lograron reconcentrar a los bravos legitimistas, esforzados con la presencia del General Artiles.

Nuestro ejército, sin enemigo a quien combatir y con el día al ocultarse, se reconcentró a su campamento llevando consigo muertos y heridos, armas y restos abandonados.

Temprano de esta noche, rompió sus fuegos la línea de la Merced, a la nuestra de todos los puntos y hasta el vigía de la torre, retumbaban consecutivamente dañando las paredes y techos de nuestros alojamientos; y como obligados la nuestra correspondía sin dejar que desear. De tal actitud nos hacíamos juicios de diferentes colores.

Nuestra caballería amaneció formada en la salida de Masaya, y bien entrado el día recorrió todo el campo donde se había librado la acción de armas del día anterior. Los cadáveres legitimistas habían sido sepultados por la noche.

Entramos al mes de Octubre y los demócratas en el mismo Jalteva, en los mismos boquetes, en la misma escasés de víveres, sucios y andrajosos, y en los mismos desvelos y fatigas; y sin poder distraer el recuerdo de las miles víctimas de ambos bandos que habían perecido en el campo por la lucha fratricida. ¡Dolorosos recuerdos!

Desaliento

A los pocos días ya se decía que nos llegaba refuerzos de León y Honduras.

Los comisiones que con dinero enviaban de León, no llegaban, por el decir que en el camino los asaltaban partidas de adictos a Chamorro. Esta fatal noticia fue confirmada por el Coronel don José Sansón y su oficial Dámaso García (a) Chalca, a quienes igual cosa les sucedió, perdiendo el dinero y huyendo dispersos.

La deserción de nuestro ejército en el campamento, era constante, ya por el peligro en que estaba la vida; fiscalizada del enemigo, por claraboyas, trincheras y torres, y también de los techos: como por el hambre, desnudez y mil y mil penalidades.

Todos, capitanes, oficiales y tropa que ayer no más habían llegado, decían que estaban hastiados, porque era pésima la permanencia en aquel sitio. Este modo de expresarse de aquellos que aún sin exponerse, habían si, ascendido a tales grados, nos llenaron de coraje y de aseos de cometer atentados. La contestación que se les daba era: que vieran a tantos de los primeros que llegaron y establecieron este campamento, que eran el modelo de constancia, firmeza y resignación a tantas indigencias, todo por coronar sus principios.

Continúa la matanza

Amaneció el día 5 de Agosto y el enemigo se dejó ver en los alrededores de nuestro campamento. El General Méndez, fue el primero que aunque con sus heridas en estado de supuración salió a saludarlos.

Méndez, como los que lo acompañaban iban como obstinados. Se comprendía que sus propósitos eran morir o vencer, y por diferentes puntos los Generales y Coroneles Olivas y Anduray. Las comisiones comenzaron, llegando una en pos de otra, ya con cadáveres, ya con heridos. Se notaba en unos el pánico y en otros el ardor que causara aquel desastre. Parte de la división hondureña custodiaba el cuartel general, y la otra parte salió con su jefe por el arroyo al barrio del Hormiguero, para poner en dos fuegos al enemigo; pero no fue allí porque un refuerzo que salió de la plaza, en protección de los que se batían, se avistaron con los de Alvarez, y se mordieron y se arrastraron. Yo salí con mi compañía a la cola del caballo del General Jerez sobre el barrio de la Otra Bandita, y el Capitán Francisco Merlos y su compañía con el General Trinidad Salazar, entre el arroyo, quedando ambos jefes en paralelo y en línea recta con la bajada de la esquina Piedra Bocona, para darse pronta protección.

El enemigo que se batía con hondureños fue sorprendido por retaguardia; el General Jerez, nos hizo cargarlos hasta con bayoneta. En media hora el enemigo se puso en retirada. Según su desfile procuraban internarse a la plaza, pero se vieron cortada la retirada por Salazar, tomando rumbo a la costa del lago. Despejado ese barrio, se hablaron los Generales Jerez y Alvarez, y nos bajamos al Hormiguero en donde la cosa tronaba y oía a chamusquina. Todo aquel monte estaba cubierto de grupos de legitimistas, les dimos una tunda seria; de frente los jefes Olivas y Anduray, y por la izquierda Jerez y Alvarez; Salazar en su puesto del arroyo para impedir

toda protección que pudiera venirles de la plaza. Radicati con su artillería les dirigía palanquetas y toda clase de proyectiles. Nuestra línea y trincheras hacían fuego por todas direcciones, a la línea y trincheras contrarias, sin duda que debían creer que era un asalto a la plaza y atendiendo a ella los de afuera perdieron toda esperanza de ser protegidos. Jerez y Alvarez, nos hicieron dar una carga a fuego y bayoneta, pasando sobre cadáveres, varios de nuestros soldados caían al suelo enredados en los muertos y sus armas que estaban cruzadas. Según el movimiento me supongo, hasta la vez, que se pretendía desalojarlos. Allí vimos cara a cara al bravo y afamado Artiles, al General Hernández, de San Felipe, y otros tantos jefes y oficiales de nuestros departamentos occidentales. Nuestro formidable empuje y compacto movimiento, los puso en retirada, desfilando por la Otra Bandita, saliéndoles a su encuentro el General Salazar. Sólo les quedó el recurso de tomar rumbo a la playa, haciéndoles en ese largo trayecto muertos y heridos, dejando armas y bestias con monturas.

El sol declinaba y solamente se recogieron los cadáveres de los jefes y oficiales nuestros llevándolos al campamento. La noche entró de lleno y todo quedó en un silencio profundo, que no parecía ser campo de beligerantes. Sin embargo, cada encargado de compañía dividió por mitades el resto de ella, para que la una durmiera y la otra vigilara.

Los días siguientes también fueron de calma. Ni un disparo ni un grito se oía, los caminos estaban tan silenciosos, que comunicaban había sucedido doloroso desastre en ambas huestes.

Se tuvo noticia de llegarnos refuerzos de León y Honduras y vimos los preparativos para un ataque general a la plaza. Este movimiento debía de tener lugar el veinte que ya habrían ingresado las fuerzas anunciadas.

Toda la noche del 19 se pasó en preparativos de Hospitales, armas y munición, en formaciones y arreglo de compañías destinándoles a cada jefe el punto por donde debía hacer su entrada a la plaza. Como a las dos o tres de esa madrugada un fuerte aguacero se presentó de mediador. Se tuvo la necesidad de disolver dicha parada y refugiarnos en nuestros cuarteles. Por tres días fue de llover y los que pasamos echando copas y arreglando nuestras conciencias y disponiendo de nuestro haber.

Listo para el final

El día 23 fue despejado, el sol se presentó con todo su esplendor. Entre jefes y oficiales, nicaragüenses y hondureños se veían juegos de dados con muchas monedas. Yo andaba entre de goma y picado, y con unos pocos reales me entré al juego. La suerte me favoreció de tal modo y en tan cortos momentos, que fue necesario que mis dos amigos y compañeros de armas que andaban conmigo, tomaran el dinero poniéndolo en sus salveques. Después de repartir baratos a los mirones, me dirigí a donde el señor Capellán don Francisco Jerez, a contar la ganancia, entregándole a él \$ 100.00 y una carta para que los entregara a mi madre y dieciocho pesos para dos novenarios de misas dedicadas para todos los que muriéramos al siguiente día. El sobrante lo gasté en beber toda esa noche.

El día 24 a las cinco de la mañana, se oyeron los primeros disparos sobre el cuadro de Pueblo Chiquito; fue el notable Coronel Juan Benito Andúray, el que dio principio. Un poco después el General Olivas, repelía a los que en protección del cuadro salían de la plaza. Notándose que con Olivas cargaban las fuerzas de la plaza, fue en su protección el Coronel Carbajal, rompiendo su fuego toda nuestra línea central sobre la Merced.

Como a las 7 a.m. el General Salazar se batía en las fortificaciones del lado de la playa. Por todos los puntos dichos el fuego era mortífero.

El Capitán Maiteresa, con tropas del país y de Honduras, tomó la esquina de la Piedra Bocona, y cayó sobre la trinchera. Allí, en esa bocacalle, por los cadáveres que se veían uno sobre otro, se comprende el ardor de los atacantes y la actividad y destreza de los que, defendían su puesto, disparando sus Colins de grueso calibre y su fusilería.

Asalto a una trinchera

Como a las ocho se movió el General Mariano Méndez y a retaguardia de su tropa el General Jerez y yendo el que esto escribe a la cabeza de la tropa que le seguía: ambos jefes por entre el cauce del arroyo. Méndez atacó las fortificaciones de San Francisco y el general Jerez, frente a la subida a la esquina del General Corral, me dijo: "Oficial Córdova, como a cuarenta pasos está la esquina donde hay una trinchera; va usted a tomarla, y, aquí espero el parte". Templé el ala del sombrero para cubrir el frente de la divisa y desfilé a la cabeza y en medio de las dos filas y a paso de maniobra subimos sin disparar hasta hacerlo sobre la trinchera; los defensores de ella solo tuvieron tiempo para disparar su artillería y con solo ese disparo y los pocos tiros de sus fusiles me hicieron varias bajas, entre muertos y heridos, quedando dueño de la referida trinchera y de la pieza de artillería. Los defensores de ella se refugiaron en las habitaciones próximas. Mandé el parte de estar tomada la trinchera y enarbolé la banderita señal para los nuestros. Recibí la orden de permanecer en ese lugar. Esa orden me fue más dura, que la que se me diera para tomar otra fortificación; con dicha orden me mandó al ayudante Serafio García, para lo que se ofreciera. A este oficial le ordené subiera al tejado de la casa esquinera para que acostado de barriga observara sus movimientos a los contrarios, pues era muy posible que me flanquearan por los trascorales.

Borrachera

El desvelo, las copas de alcohol, el sol, la sed, el fuego y el eminente peligro, todo eso era un cúmulo de necesidades mortales. Pero la Divina Providencia no se hace esperar, llega prontamente hacia el que le clama. Una hora después, serían las 9 a.m. cuando recibí orden de entregar la trinchera y soldados, al oficial Salomé Llanes (a) Churrete, y yo solo fuera a ponerme a la orden del Capitán Maiteresa, que estaba en la esquina de la Piedra Bocona.

Maiteresa con su oficial Mateyota e igualmente que los soldados, me recibieron con mucho agasajo y de acuerdo con el Capitán se dispuso abrir un boquete en

la pared o tapia divisoria para colocarme en la pieza contigua; hacia el norte, pasé a dicha pieza; las puertas todas y ventanas estaban abiertas, e igualmente que el zaguán, a éste aunque con dificultad le formé un parapeto de piedras y tejas; Mateyota me propuso tomáramos la pared del frente que estaba claraboyada para incendiarla; las claraboyas tenían sus individuos: lo puse en conocimiento de Maiteresa para que él estuviera listo a salir de la esquina sobre la trinchera pasando multitud de cadáveres que cubrían la bocacalle. Así convenidos, procedí a ejecutar el movimiento.

Cubiertos a un lado de la puerta de la sala, puse a dos individuos de los gastadores y a su retaguardia dos cabos chinandeganos; siguiendo en ese orden los soldados; yo y Matayota a la cabeza; cada uno de los gastadores iban listos con sus tisonos empleados para el incendio. Preví a todos que al llegar a la pared procurarían colocarse entre claraboya y claraboya, a la voz de uno, todos dimos un paso diagonal oblicuo a la derecha y caímos a la calle quedando en ella tres muertos y los heridos entraron los que pudieron hacerlo; el alero comenzó a arder con solo un mechón, por haber muerto el otro individuo y se aumentaron los muertos de la esquina y nuestro movimiento no tuvo éxito. Maiteresa se regresó a su puesto y yo con los que estaban tuvimos que hacer lo mismo, siendo esta retirada más peligrosa que la salida. Todo este movimiento sería entre dos y tres de la tarde. El General Salazar dejó en libertad las fortificaciones de su encargo viniéndose en retirada.

Lo mismo hizo Méndez en las fortificaciones de San Francisco, viniéndose entre el arroyo, igual cosa el General Jerez.

Serían las cuatro de la tarde, cuando se verificaron esas retiradas. El enemigo, dando pruebas de valor, les siguió ya entre el cauce ya sobre los bordes. Yo, en mi nueva habitación, me había recostado sobre un montón de sacate de conejo; el sueño me rindió tan profundamente, que aunque mis compañeros se esforzaron en despertarme, no lo consiguieron y se vieron en la necesidad de abandonarme.

Los contrarios desplegaron su ardor en todos aquellos solares abiertos, por cuya causa el Capitán Maiteresa tuvo que abandonar su esquina antes de ser cortada su retirada y caer con todos los suyos en poder de enemigos que no perdonaban.

A la detonación de un fuego tan vivo o lo que es más creíble, la Virgen María a quien mis cristianos padres me enseñaron desde niño a amarla y llamarla en mi locorro, creo fue la que me despertó de sueño tan profundo: me levanté y me encontré solo en aquellas habitaciones; quise tomar el boquete, única salida, y veo atravesar de espalda por él, a un jefe cuya cola de su lanza divisa le caía sobre la espalda.

Busco en aquellas habitaciones un escondite, y no hay. ¡Oh Virgen Madre, cúbreme con tu santísimo manto! El zacate estaba amontonado en la esquina que ormaba la pared de la casa y de la mediagua; levanté unos manojos y me encontré en el hueco de la esquina que formaban las dos paredes en el corredor, echándome encima los manojos que levanté. La fiebre más maligna hubiera desaparecido con el copioso sudor. El día desapareció y la noche entraba, y con su tiniebla llenaba más de terror al que estaba oculto, temiendo ser denun-

ciado por su propio corazón, cuyas fuertes palpitaciones hacía sonar el referido zacate. Había cesado el fuego y mis contrarios entraron a dichas habitaciones, recogiendo barras y útiles que nosotros ocupamos; igualmente mi espada, que la reconocieron ser la del chele Molina, y también mi tercerola, que tiré sobre el zacate para ocultarme. Andaban locos de contentos y sedientos de sangre sobre el sacate y todo aquel edificio hablando pestes y denuestos contra los democráticos. Pocos minutos después observé que reinaba profundo silencio. Con mucha precaución y no menos temor fuí sacando la cabeza, y convencido de no haber ni un solo contrario, con la mayor prudencia y arrimado a la tapia, busqué el boquete y atravesé aquellos solares, oyendo lastimosos ayes de los heridos, que por la oscurana no me atreví a reconocerlos, y tropezando, ya con muertos o ya con armas, llegué al frente de nuestra trinchera, resguardada por el Capitán Francisco Duarte, cubierto yo tras el vástago de un árbol, hablé al centinela; todos por el eco de la voz me reconocieron, saltaron a la calle y casi en brazos me llevaron. ¡Oh, que gozo el que sentí al verme entre amigos, recibiendo de unos abrazos, y de otros apretones de manos y de todos, hasta de mujeres, felicitaciones que me causaban ternura en el alma!

Por todo el campamento circuló la noticia de estar sano y salvo; mil felicitaciones recibí; la mejor prueba de la general simpatía que gocé en aquel ejército, y son las que hoy suavisan mi dura situación. También el General Jerez me mandó a hablar y me dio la mejor felicitación ante el Gral. Alvarez, y fue una fuerte reprimenda por la borrachera. Esta reprimenda fue suficiente; le hice al General solemne protesta, y tenga la satisfacción de decir que me honré hasta el presente, pues veo aun con el mayor desprecio bebida tan degradante.

1855 Retirada de Granada

Pasaron días de insignificante inquietud; con intervalos salían de la plaza descubiertas, ya por los barrios de la Otra Banda o ya al lado del cuadro y Pozo de Oro, no entrando en formal acción.

No recuerdo la fecha en que el General José Guerrero salió del campamento con tropa a los pueblos de Niquinhomo y Catarina, en donde fue derrotado, viniéndose de paso a Masaya y de ahí hasta León.

Con tal triunfo, el gobierno de Chamorro mandó al General Martínez a tomar Masaya, cuyo jefe, que con poca tropa la cuidaba, era el Coronel Montes. En obsequio a la verdad, debo decir que no pocos esfuerzos le costó a Martínez ocuparla, haciendo horrores y sacrificios en los bravos que la defendían. Así nuestra situación.

El implacable gobierno legitimista y sus sanguinarios jefes y adeptos no perdían tiempo y más envalentonados con los consecutivos auxilios que les enviaban de los Departamentos de Segovia y Chontales los adeptos conservadores de aquellos pueblos.

Si mal no recuerdo, el 6 ó 7 de Febrero la línea central de la Merced muy de mañana, comenzó a hacer sus descargas sobre nuestra línea. La artillería se disparó incesante sobre el campamento.

Los democráticos correspondían a tal desafío. Como a las nueve de esa mañana, el ejército legitimista

estaba en el campo. Nuestra fuerza de operaciones salió a batirlos. De la acción que se libró ese día, reíríanse los modernos militares de hoy, pues aquel combate solo se puede comparar con muy pocos de los que se refieren hubo entre los bárbaros. El que desgraciadamente caía en sus manos, era una víctima que causaba horror. La muerte que se le daba no se puede describir. La tropa legitimista no parecía formada de hombres racionales que defendían una causa; eran feroces, sedientos de sangre y hambrientos de carne humana.

Nuestro ejército quedó hecho pedazos, lo mismo que la división hondureña. Los heridos se multiplicaron. Nuestro semblante era lívido. La esperanza de sostener en aquel campamento era muerta.

El día 8 de Febrero de 1855 se hicieron los preparativos para verificar nuestra retirada. Los heridos imposibilitados lloraban, se lamentaban, porque quedaban a merced del enemigo. ¡Oh, y qué enemigo!

Al alta madrugada estábamos en marcha. Todo Granada, sin excepción era implacable en su odio hacia los democráticos, y no quedaron en la plaza sino los muy necesarios; todos nos siguieron haciéndonos fuego en todo el camino. La tropa de Martínez nos esperaba en la entrada de Managua. Sobre ella cargaron nuestras debilitadas tropas. Suspenda mi relato por no poder ni someramente bosquejar nuestro tránsito por esa ciudad de calles tan tortuosas y repelidos por todos los flancos, sin dejarnos de perseguir hasta Buenavista.

Querido lector: me es absolutamente difícil dar siquiera una idea de los estremecimientos mortales de que fuimos víctimas al pasar por las torcidas calles de Masaya, tomábamos una creyendo sería más favorables, y nos veíamos en mayores dificultades. Grande es la Divina Providencia, que fuimos favorecidos los que adormitados, sin descanso, hambrientos y sedientos, vernos un poco salvos en Managua, continuando en pelotones hasta llegar a León.

Chamorro y todo Granada bien se dieron a conocer: exhibiéndose como antropófagos, sedientos de sangre y hambrientos de víctimas. Querían guerra y no paz, querían el total exterminio de esta pobre patria. Ellos, que todo lo querían para sí y no para civilizar las masas, no para ilustrar la inteligencia, ni mucho menos darle valor y nombre a esta querida patria; y diéronse a conocer, cobardes, halagando al pueblo en la ignorancia y atraso.

León estaba sin fuerzas, su plaza desierta, su riqueza agotada, y sus hombres, muertos y heridos, y todo el resto sin esperanza.

Lazo Fatal Democráticos y Yankees

No quedó del destrozado ejército democrático ni un solo hombre, que aunque agotadas sus fuerzas, no llegara a León. Se dio la providencia de poner la plaza en estado de defensa. Los ánimos aunque levantados y atronadores, se leía al golpe de vista el temor y la desconfianza.

Los pocos intereses que existían se ocultaban con esmero primor, para salvarlos de una represalia.

El reclutamiento de hombres se hacía sin descanso, pero ¿a quiénes llevaban las comisiones? a hombres completamente impedidos. Omíto un cúmulo de porme-

nores de dichos y hechos en lo que es el pueblo, porque sería no terminar. Y no es ese mi deseo, sino el de dar a conocer los servicios en que se ha agitado mi existencia y los lances de muerte de que he sido salvo por la Divina Providencia.

A las órdenes del General Mateo Pineda salió de León una división de 400 hombres a ocupar Pueblo Nuevo y estar más a la vista de los movimientos de los legitimistas. Una columna de estos envalentonados, al mando del General Martínez y otros más, presentó su acción de ataque, al que la división democrática no resistió. En tres o cuatro horas solo se veían grupitos de los demócratas, dispersos por las calles más próximas, a ponerse en salvo de la caballería que nos iba arrollando. La caballería nos siguió, pero felizmente nos salvamos en aquellos matorrales y palmeras, en donde ella no pudo hacer su carnicería.

Estropeados, desgarrados los vestidos; y el cuerpo, haciendo un largo rodeo, logramos en la noche llegar a unas viviendas del Convento.

Al siguiente día entramos a León; se nos mandó dar nuestra ración de rancho, la que se componía de totoposques de aquellos felices tiempos, mal beneficiados porque se hacían por la fuerza, y tiras de cuero saladas, mohosas de estar almacenadas.

No habían vestidos de munición, por haberse agotado las telas en los almacenes y muchos de éstos cerrados, por no haber qué vender, ni se hacían introducciones, porque en lugar de comercio sólo era guerra sin cuartel.

Se formó el cuerpo de cívicos, trayéndolos escoltados para que tomaran parte en el servicio activo de plaza; esta disposición fue sin miramiento de clase ni de rango.

El General Muñoz

Circuló la noticia de que el General Trinidad Muñoz venía a tomar el mando del ejército; esta noticia no tardó en ser realidad.

En esta plaza de Chinandega era Comandante el Coronel Andrés Madregil, y en su lugar vino el General Mateo Pineda.

Al que esto escribe se le mandó a servir a esta plaza; fuí encargado de la 2ª compañía, ocupando el Cabildo. El General Pineda me nombró enseguida ayudante del Coronel Chipagua, que en el paquebote del americano Filiberto Morton, iba en comisión a Acapulco o hasta San Francisco. Mas no fue necesario, por encontrar en este puerto a los filibusteros, quienes sin perder tiempo, se hicieron a la vela en su bergantín. El jefe filibustero me dispensó cariño y me tenía a su lado constantemente. Siempre tenía en su mano el gemelo y siempre sobre cubierta permanecía haciéndome diversas preguntas, de lo que yo no comprendía. Se tomó rumbo a Amapala, donde salimos a tierra, y permanecimos allí hasta el regreso de un correo que vino a Chinandega: tan luego éste regresó, nos fuimos a bordo y tomamos rumbo hasta fondear fuera del Cardón. En el acto echaron un bote al agua, viniendo el capitán del bergantín, mi jefe y yo; llegamos a El Realejo, se tomaron bestias alquiladas y nos pusimos en camino para Chinandega a dar el parte. Los yankees entraron a esta ciudad dos días después que nosotros.

El Chelón

Circuló a pocos días la noticia de que Muñoz desaprobaría la intervención de los yankees; sin embargo, vino el General José María Valle Chelón y organizó unos 400 hombres en esta plaza, y con los 55 yankees nos embarcamos en el referido barco, tomando rumbo a San Juan del Sur; se perdió nuestra primera acción. Los jefes y algunos más se pusieron a salvo a bordo, haciéndose a la vela sin perder tiempo; otros, paisanos y yankees, tomaron camino de Liberia, llegando a Puntarenas, donde fueron embarcados y regresados a Nicaragua. Los que estábamos más extraviados de tomar ese rumbo, tomamos la costa; yo la tomé junto con otros cuatro entrándonos a veces en el monte a paso de derrotados, agregándonos a otros que alcanzamos. Llegamos a la boca de un ancho estero, siéndonos difícil de pasarlo, tomamos a su borde, internándonos hasta hallar un lugar más favorable por su angostura. En efecto, lo hayamos, y también encontramos a dos yankees y a tres chinandegas haciendo una provisional balsa, y como ya dominaba la noche dispusimos pasarla en ese lugar, propuestos a defendernos, pues todos estábamos armados; la noche, aunque no lluviosa, era oscura. Dispusimos hacer guardia de tres centinelas, y no fue posible dormir por la mucha plaga de mosquitos. En la mañana tuvimos una ligera alarma que nos detuvo; embarcándonos, resueltos a morir, si era necesario. Era un oficial, dos yankees y cinco paisanos que encontraron nuestras huellas y procuraron darnos alcance. Nuestra escolta ya se consideraba respetable; éramos 16 y contábamos con tres rifles que eran de precisión. Envalentonados caminábamos, ya por la propia costa, ya entre el monte, deseosos de encontrar agua; hambrientos, sedientos, desvelados, asoleados y fatigados de andar y andar sin rumbo, se hacía a cada momento sensible nuestra situación. Así andábamos cruzando esterillos, donde humedecíamos la boca con agua salada. A los cuatro días, sin más guía que la del sol poniente dimos con un hermoso camino, por lo trillado, y con rastros frescos de pie y bestias, comprendimos que era camino nacional que de algún pueblo conduciría a la costa; seguimos sobre los rastros, y como a la 1 p.m. y a dos leguas poco más o menos, vimos dos casas; escudándonos de ser vistos por sus moradores, nos entramos al monte, hasta estar inmediatos a dicha casa para observarla; por diferente rumbo, de entre el monte salió un individuo de los que allí moraban con un americano y dos soldados viejanos, a quienes por la divisa del sombrero les reconocimos compañeros; para no causar alarma hice salir a uno de nuestra escolta, sin arma ni divisa, para anunciarles nuestra presencia. Llegamos a la referida casa, —era de una hacienda— y fuimos informados de que el yankee y los dos paisanos habían llegado en la mañana, y un poco después se dejó ver una escolta de a pie y de a caballo, granadinos que iban en comisión a las haciendas de la costa, por lo que corrieron al monte para no caer en poder de aquellas panteras. Aunque todos los sirvientes de la tal hacienda eran orientales, inspiraron confianza a los derrotados. Nos proveyeron de alimentos tan suficientes, que quedé satisfecho nuestro desesperante apetito. Tomamos nota del camino y despidiéndonos con muestras de agradecimiento, le seguimos no solo con resolución, sino con deseo de tropezar con la tal escolta, pues nosotros ya

éramos 19 hombres, en quienes ardía el fuego santo del patriotismo y la vergüenza degradante de ser derrotados. En el camino encontramos a varios individuos: de ellos tomábamos noticias, tanto de la escolta como de los caminos que se desprendían del que llevábamos, y su dirección. Al entrar la noche llegamos a unas casuchas, sin revelar que éramos derrotados. Yo ya venía montado y era el que pedía informes de cuanto se necesitaba saber. Estábamos a la par de San Rafael del Sur y seguimos hacia la costa con dirección al poniente. Al siguiente día llegamos a la hacienda "El Chile", y después de tomar informes de cuanto era necesario, aceptamos del mandador y familia un buen almuerzo, que con muestras de cariño nos sirvieron. La noche de ese día dormimos unas pocas horas en Pueblo Nuevo, hoy La Paz. Como a media noche nos pusimos en camino para León, a donde llegamos después de medio día. Mi opinión de no entrar a la plaza fue secundada por todos, sin detenernos hasta darnos un descanso en Posaltega, llegando al amanecer a Chinandega. Nuestro júbilo no tuvo medida: las felicitaciones que recibimos, tanto del pueblo como de nuestros jefes y camaradas, eran entusiastas.

Los que salieron por Puntarenas ya estaban en esta plaza, y se alistaban en otra expedición con rumbo a San Juan del Sur. Salió esta referida expedición con los mismos jefes y yankees; yo quedé sirviendo en esta plaza como encargado de una compañía en la Casa Cabildo, y el General Pineda, Comandante del Departamento, ocupaba la vieja casa cural, teniendo en ella otra compañía.

Situación del soldado

A los soldados se les pagaba un real, a los clases 15 centavos y a los oficiales 20 centavos; pero este prest o socorro no se veían por decir el señor administrador que no había dinero; yo tenía siete presupuestados y presenciaba las hambres y desnudeces de los pobres soldados y las lágrimas de las esposas e hijos que se lamentaban ante el esposo y padre; yo y muchos oficiales soportábamos resignados la falta de prest y rancho, porque andábamos tras el triunfo de nuestros ideales y ¿el soldado tras de qué?

Insurrección y Consejo de Guerra

Me ceñí la espada y tomé los presupuestos, y sin que me detuviera otro pensamiento, pasé a la habitación del señor Comandante, y como él se paseaba en su sala de puerta a puerta, con sus dos manos en la trasera, me paré en la puerta, y después del saludo, al que él no quiso atender, le informé que el señor administrador no cubría ni un solo presupuesto de siete que tenía y que yo presenciaba las necesidades de los soldados. El desatento Comandante, sin haberse parado de su paseo a oír el informe que le daba, dijo que no era cosa que él podía remediar. Su malacrianza y contestación me incomodaron y le dije que yo sí podía. Pues hágalo usted, me respondió: dí media vuelta sin hacerle ninguna venia, y entrando al cuartel ordené al oficial de guardia que la tuviera formada, y al centinela dí la consigna de que, salir del cuartel todos podían, pero entrar, a nadie, ni al General. Ordené al resto de la compañía que formaran con seis armas en mano, colocando dicha formación en el corredor frente a la puerta que miraba a la plaza. El

Comandante vino con pistola y espada en mano, y presentándose en la puerta para entrar, el centinela le detuvo; pregunta que con orden de quién se le detiene, y dí yo un paso más al frente y le dije: yo estoy remediando lo que usted no puede; el soldado dejará su puesto para ir con libertad a buscar su sustentación; el señor Pineda se regresó a su habitación, y sacando su tropa, la colocó tras las almenas de la Iglesia, pues yo ya había cerrado la muralla y colocado en las ventanas soldados, haciéndole fuego. A los tres tiros el pueblo se alarmó, mirándose grupos por las esquinas de la plaza. Yo atendía a las ventanas e intenté abrir la puerta para batirme en la plaza. Mas en esos momentos se me dio aviso que en la pieza de la casa última de don Mariano Montealegre estaba el señor cura con otros tantos señores, que me llamaban: oí las voces que me ofrecían garantías y otras cuantas promesas. Era yo muy joven y además sin la prudencia para asegurarme. Convencido con tales promesas hice abrir la muralla. El General con su tropa entró, hizo formar a mis soldados, quitándoles las armas y equipos. Cambió la guardia, arengó a la tropa, reduciéndolos al corralillo, igualmente que a los oficiales. A mí se me pusieron grillos y me encerraron en la sala de bandera, bajo llave y vigilancia de la guardia, cuya puerta estaba inmediata. Como a las 5 de esa tarde oí toques de tambores y clarines; minutos después advertí que entraba tropa. Era el General Alvarez con su columna hondureña, que iban para su patria en auxilio de Cabañas. El General Muñoz con su Estado Mayor, acompañaba a Alvarez mas todo esto no lo sabía yo.

A las ocho de esa noche me sacaron de mi encierro, y con guardias me llevaron a la sala donde estaba reunido el Consejo de Guerra que iba a conocer mi falta, lisa y llanamente, con confesión con cargos, confesé, a más de lo que motivó la determinación que tomé, estaba la falta de atención y malacrianza del señor Comandante, falta que yo no pude ver con indiferencia.

Como entre 10 y 11 de esa misma noche se me notificó la sentencia de dicho tribunal. Era la de ser ultimado a las 6 de la mañana. Como una hora después oí quitar llave a la puerta y entró el señor cura, diciéndome: "Hijo, las hojas de los árboles no se mueven sin la voluntad de Dios". Y le contesté: "Ya lo sé, señor". Dijo más: "Estás preparado para confesarte?" Sí señor —le contesté— pero no con usted. Y ¿por qué? —me dijo. Porque yo atendí más a lo que usted me prometía —le repliqué—, y por eso cedí; de lo contrario, yo hubiera salido a batirme, seguro de triunfar, si no moría. Nos pedimos perdón y nos perdonamos. Le pedí a otro sacerdote, y se fue a traerlo, echando el encargado llave a la puerta.

Escape y Huida a Honduras

La noche era oscura y caía garúa. Cuando hablaba con el cura oía cierto ruido en el techo y aún me caían basuritas, que las atribuía a los ratones. El ligero deslumbre de un relámpago me hizo observar una abertura en el techo; y en efecto, mis soldados presos en el recinto, subieron por la mediagua y sobre la cumbrera se fueron llevando consigo el mecate del pozo, el que cayó entre mi celda, llevando un pequeño palo en la punta; la tomé en el acto y subiendo arriba; en cuatro pies me fuí por la cumbrera hasta caer por el solar de enmedio, dejando

los grillos; abrimos una puerta que caía a la cocina de doña María Parrales v. de Sansón. Esta señora y familia estaban en sus piezas interiores en vela. Prontamente me abrieron su puerta y saliendo a la calle, acompañado del oficial Prodesimo Campuzano y dos soldados. Pasé por mi casa sin sombrero y con la ropa rota, diciéndole a mi madre que no tuviera cuidado; ví en su aposento un hermoso altar con muchas velas encendidas y varias vecinas que le acompañaban en sus peticiones que por mí hacían a Dios. Acompañado del oficial Campuzano y mi hermano, nos dispusimos tomar dirección a Honduras, caminando entre las huertas a lo largo del camino y con especial cuidado caminamos hasta al amanecer. Era mi hermano el que llegaba a las haciendas o fincas, para con algún amigo que allí hubiera conseguir algo de comer. Así pasamos los días, en escondrijos y en la noche era cuando podíamos alejarnos. Como dos horas después de haber llegado a Villanueva, se presentaron dos oficiales de la división de Honduras pidiéndole al Alcalde, cuarteles y rancho para la tropa. En el acto algunos de mis amigos nos mandaron montados a dejarnos a las Hormigas, donde yo tenía un cuñado y éste nos mandó a dejar a San Bernardo: en esta hacienda nos mandaron a ocultar en otro punto, hasta que pasara dicha división. A pie y no obstante de mucho llover, nos dirigimos al valle San José, tres leguas de Choluteca. Se tuvo la noticia de haber aparecido en Nicaragua el cólera, haciendo estragos. También se tuvo noticia de haber llegado Muñoz con el ejército democrático al Corpus, en persecución de Guardiola, que con tropas legitimistas andaba ya en un pueblo, ya en otro, sin poder hallar un punto de poder presentar acción. Pocos días después se oía el fuego. El lugar donde Guardiola lo esperó fue El Sauce. Deseoso de ver quién alcanzó el triunfo, dispuse mi viaje a La Unión, para estar al corriente de todo: tanto de la acción de armas como del mortífero contagio del cólera. En aquel puerto se sabía todo lo de Nicaragua. Estuve al corriente del triunfo de los democráticos y la pérdida de Muñoz. También el triunfo de la Virgen, auxiliados con los yankees y el no ser Comandante el General Pineda en Chinandega. Tales noticias me eran favorables y dispuse hacer mi regreso.

Fe en Dios

La total falta pecuniaria me hacían tropezar con dificultades, dificultades que agotaban mi energía. ¿Cómo salir de ese marasmo de deseo y estrecheces? Sonaban en mis oídos, las voces de mis padres que nos decían, no pongan su confianza en los hombres porque somos susceptibles, ponganla toda en Dios y verán remediadas sus tribulaciones; así lo hice y me dirigí en ese mismo instante al templo, evoqué el espíritu de mi difunto padre y tuve en la memoria presente a mi anciana madre; les supliqué me auxiliaran pidiendo afectos para mi corazón y palabras a mi lengua para hablarle a nuestro Supremo Hacedor, y dígame lo que se quiera, llámenme como quieran llamarme; que yo quedo tan creyente en Dios como lo he sido desde niño.

Salí del templo, sin más esperanzas que las que tenía en la Divina Providencia. Grande fue mi sorpresa e inexplicable mi alegría al encontrarme con mi amigo y compañero de armas Benavides, el ayudante del Estado Mayor. El mismo me dio informes de lo limitado de

nuestro ejército, cuando estando yo herido en la cama y bajo el coro de la iglesia de Jalteva en Granada. Nos dimos noticia de todo y pasamos al Hotel o Restaurante, a donde satisface mis apetitos presentes y rezagados. El referido amigo iba en comisión hasta el interior; acababa de desembarcar. Felizmente supimos en dicho Hotel que estaba en el puerto la persona a quien iba dirigido, y esto estuvo tan a mi favor que más no se diga. Al siguiente día temprano hubo marea y nos embarcamos de regreso al Tempisque, puerto nuestro.

Regreso a Nicaragua

Llegué a esta ciudad querida, presentándome a las autoridades departamentales, siendo Subprefecto don José Jiménez y Comandante el Coronel don José L. Guerrero, quien creo vive aún; ambos empleados, amigos que me hacían honor con el cariño que me dispensaban. En el acto se me dio de alta; serví en esta plaza pocos meses, por haberseme nombrado ayudante del General y doctor don José Guerrero, quien con los jefes don José Luzarraga y don Lucas Blanco y un húngaro ocuparon Punta Itaco y pusieron tropa y artillería en el Cardón, por haberse lanzado Costarrica sobre los yankees, cuya acción de armas se libró en la ciudad de Rivas. Dicha acción de armas fue sangrienta; los edificios quedaron destruidos; también los dos bandos que se disputaban el triunfo. El ejército tico abandonó aquel departamento, —en donde recogió tantos laureles—, por haberlo flagelado sin piedad el cólera morbus. Los yankees se refugiaron en Granada, que era su guarida predilecta.

Circulaba con profusión la noticia de venir en camino la primera columna de chapines. El señor Patricio Rivas era el Presidente provisorio, y organizó una junta de jefes y oficiales, para que éstos resolvieran si se aceptaba la unión con los legitimistas, pues con tal objeto el señor Estrada, jefe del gobierno legitimista y el General Martínez con su Estado Mayor, se vinieron de Choluteca al Departamento de Segovia, para cooperar con las fuerzas de los Estados hermanos a sacar de Nicaragua a los filibusteros; pues Walker ya se había proclamado Presidente de Centro América. Con el objeto de tomar parte en dicha junta, fue llamado de Corinto el General Guerrero, y siendo yo su ayudante, tuve que asistir y dar mi parecer.

Hubo calor en las discusiones de parte de los militares democráticos, pero triunfó la razón. El entonces Capitán don Ceferino González fue el designado para pasar a las Segovias, llevando el convenio al señor Estrada.

En León había una pequeña guarnición de yankees, pero nada se intentó contra ellos; a los dos o tres días se aumentó con la tropa que vino de Granada; entre éstos vinieron el doctor José Dawson y el Capitán de buque Filiberto Morton. El primero esposo de doña Agata Meza, y el segundo, esposo de doña Dominga Batres, las dos señoras de familias de este vecindario.

Ayuda Centroamericana

En el acto de haberse presentado el Presidente y su Gabinete, los jefes y oficiales dejamos León, y por caminos extraviados nos venimos a Chinandega, llegando como a las 10 ó 11 de la noche, que en el momento se puso en movimiento. Como ayudante de campo, recibí

órdenes y a esa hora misma me puse en camino para El Realejo, en donde, cumpliendo con instrucciones, hice que el alcalde me preparara un bote para pasar a Punta de Itaco. Todo se ejecutó con la brevedad que exigían las circunstancias. Llegado a aquella isla, comunique órdenes a los jefes Luzarraga y Blanco, quienes hicieron salir al húngaro, jefe del Cardón, con lanchas suficientes para embarcar 300 hombres y la artillería. Yo regresé solo, llegando a esta ciudad tarde de la noche. Se hicieron salir carretas y bestias para El Realejo. Como a las 10 de la mañana entró a esta plaza dicha tropa. Con la guarnición de esta plaza, los adictos y reclutados, se organizó una división no menos de 900 hombres. Uno de los patriotas presentados, don Hermenegildo Palavicini, fue nombrado Capitán de patriotas, ocupando por cuartel la casa que antes era de doña Trinidad Chapina, hoy del doctor don Juan Salinas. El Capitán Palavicini, con su compañía de patriotas, se reveló, causando alarma en el pueblo y resto del ejército. En ese acto estábamos próximos al cuartel insurrecto, yo, el oficial Casimiro Núñez y el activo Capitán Lisandro Chamorro, quienes con espada en mano corrimos sobre Palavicini, quien con los suyos estaba en la calle haciendo los primeros disparos; las demás compañías en la plaza estaban en disposición de romper el fuego, pero ya habíamos logrado desarmar a dicho revelado e impedido todo procedimiento. El corazón piadoso del Presidente Rivas perdonó a Palavicini, reduciéndolo a prisión. Marchamos a León, y creíamos tener ese día el perrecho de armas con los yankees, pero éstos habían regresado todos a Granada. Pasados algunos días, entró a León la tropa chapina, al mando del General Solares y Parédes. Traía en su división un cuerpo de banda de 70 a 80 músicos. Su cuartel general era la casa de don Jerónimo Carache. Pasadas algunas semanas, ingresaron a León las tropas salvadoreñas al mando del General Belloso.

Las de Honduras también ingresaron al mando del General Xatruch. León estaba alegre con la aglomeración de un numeroso ejército, inclusive el de esta patria aniquilada. Por todos los barrios se oían las dianas y toques de ordenanzas por los diferentes cuerpos de bandas marciales.

El ejército se moviliza

Llegó el día, cuya fecha no la recuerdo, en que se movió aquel numeroso ejército a dar coto al aventurero, en sus ensueños de verse Jefe de Centroamérica, para cuyo objeto sus socios le enviaban cada ocho o quince días, partidas de hombres, sin más credo político que el de las promesas.

Una columna al mando del General Olivas y del Coronel Félix Madrejl, era la que custodiaba el tren de guerra, que se componía de 80 carretas; yo era el primer oficial de la primera compañía, cuyo Capitán era Pánfilo Gómez, del pueblo de Subtiava, segundo oficial Canuto (a) Palohueco, tercer oficial Romualdo Caldera y cuarto oficial Ceferino Quintana. A mi se me encargó de la vanguardia y debía caminar con mi escuadra desplegada, a cierta distancia de dicho tren, con la grave responsabilidad por el descuido de la vigilancia.

Llegamos con nuestro tren de guerra a Nagarote; después de dos días que el grueso ejército ocupó ese pueblo; una brigada estaba en la cuesta de Mateare,

El tiempo era lluvioso; después de un día de descanso, se continuó la marcha.

El ejército iba adelante, nosotros hacíamos repetidísimas paradas, por la reparación que exigían las carretas por estar el camino intransitable, por el continuo llover y charquería. Penosísima era nuestra dormida, sobre charcas y lodazales, sin poder hacer fuego para espantar la plaga de mosquitos; los vestidos mojados y los aguaceros se repetían. ¡Oh! patria, carísima patria, qué amargos son aún los recuerdos! Felices los que duermen en el total olvido! Desgraciados los que como yo sobreviven dolorosamente, sorportando una ancianidad achacosa, sin hogar, sin familia, en la miseria y dificultades, aún para descansar en la noche, burlado de los pequeños y despreciado de los grandes. Oh! Patria, patria! mucho te quiero porque mucho me cuestas!

En la primera parte de estos mis dolorosos recuerdos dí una idea de cómo era la población de Managua: casas pocas, casuchas y ranchos dispersos, solares sin cercas, calles fatigosas para transitarlas, por estar formada al pie de una cuesta que hoy es bien conocida. Omíto reseñar los usos y costumbres.

En Managua

Nuestro ejército, el mismo día que se movió de Nagarote, llegó a Managua; la guarnición de yankees que allí había incendió el palacio, nombre impropio que se le daba a una mamarrachón de dos pisos en que instaló su gobierno el primer Presidente don Fruto Chamorro.

Los yankees habían formado trincheras en las bocacalles y en el corredor del alto de sacos de arena y adobes. Sin embargo, obraron con prudencia, poniéndose en polvorosa como dice el refrán. Llegamos con el tren tres días después, en la tarde, bajo una lluvia torrencial. Dichas trincheras eran pocas; el tren quedó en la plaza y nuestras compañías ocuparon los cuarteles que estaban listos; ya entraba la noche. El pavimento de nuestro cuartel estaba asqueroso y no había con que limpiarlo; nuestros vestidos y calzados chorreaban agua, ¿cómo pasar la noche? Los soldados encontraron como prender fogones, trayendo rejonos, aunque bastante mojados, les acompañaron con las maderas de una cama que desarmaron. Pusimos a calentar los vestidos; los míos no tuvieron esa dicha, por haber llegado el ayudante Longino Sánchez (a) Virgotierno, dándoles órdenes a mi Capitán para que a mí, señalándome, fuera con mi escuadra a ocupar el alto del mamarrachón, colocando dos centinelas. El techo del palacio estaba en parte quemado, el piso cubierto de tejas, piedras, cañas quemadas y pedazos de alfajías. Lo oscuro no nos permitía ver y tropezábamos con clavos y demás objetos; también ignorábamos que las partes del salón las habían los jefes convertido en Hospital para los apestados del cólera; esta epidemia se hacía temible. Allí habían cadáveres que no se habían sepultado: pero nada de esto sabíamos. Después de numerada la guardia o retén, cada individuo buscó un lugar para dormir. Yo encontré a uno acostado en un petatito mojado, que lo atribuí a gotera; al que estaba acostado en él, no le hablé y me acosté a su lado, creyendo era de los míos; al peso de la noche el frío me trasminaba, pero ¿para qué moverme? Amaneció, y reconocí que era cadáver de los varios que allí estaban y lo mojado eran los efectos de la enfer-

medad. Yo me creía más infestado que mis soldados.

El ayudante Sánchez muy de mañana se presentó a comunicarme la orden de retirarme, y fué informado de lo ocurrido, imponiendo de ello a Olivas, el que llegó en el acto montado a mi cuartel, chistando del percance, dio orden para que yo hiciera uso de tres días de permiso que me concedían, y además, me obsequió un par de pesos.

Estacionó el ejército por varios días en Managua; se hicieron excursiones a los pueblos de Jinótepe y Masatepe; en una de ellas se libraron ligeras escaramuzas y se capturó al Coronel José María Herrera.

Este joven hondureño vino con los emigrados que para aquella República expulsó Chamorro, y trajeron las armas con que se le hizo la guerra, llevando el nombre de democracia contra el gobierno legitimista, y que en todo el sitio de Granada estuvo como ayudante de Radicati quien le enseñó a tirar con ambas armas. Se hizo conocer de Walker y permaneció a su lado: no atendió a los repetidos llamamientos que le hizo el General Jerez y sus amigos.

La comisión que lo contuvo, lo llevó a Managua y sin perder tiempo fue juzgado en Consejo de Guerra y sentenciado por este tribunal, fue ultimado por la espalda como traidor. Así murió.

Hacia Masaya

No recuerdo la fecha en que se celebró el triunfo que sobre los yankees alcanzó el General Estrada. Se movió todo el ejército a ocupar Masaya. Dejamos Managua muy temprano de la mañana. Todas las divisiones gozaban de prest, sólo los nicaragüenses era la resignada que ni el rancho tenía seguro: como obligados, estábamos resignados a sufrir y callar. ¡Ah, patria! carísima patria! En ese día, lo recuerdo bien, matamos el hambre y sed con las asquerosas aguas de los charcos. Todo el ejército e igualmente que el tren de guerra iba por camino escusado. Como a las dos de la tarde se descargó en ese camino infernal una espantosa tormenta cargada de electricidad. El grueso del ejército ocupó bajo ese llover el pueblo de Nindirí, ya muy tarde; allí había una comisión de filibusteros acopiando víveres y por tal motivo, deprimía al Alcalde y al pueblo saciando sus torpezas; estos pillos fueron sorprendidos y pretendieron ponerse en salvo, dejando dos muertos, uno de ellos se halló junto con el cadáver del joven Rosita Calvo, natural de Masaya, ambos con sus revólveres en la mano.

La acción de Masaya

Serían las 9 p.m. cuando llegamos con el referido tren, siempre bajo el llover; las calles eran ríos, la noche tinta, las armas estaban como los vestidos, chorreando agua. Se alojaron las compañías, la mía fue afortunada por alojarnos en una carpintería donde hallamos suficiente combustible para hacer fuego y calentar el parque, con suficiente luz para limpiar las armas. En todas las esquinas habían retenes, con órdenes de no permitir el paso de ningún militar solamente a los ayudantes. En casa del Alcalde servían de comer a los jefes, yo hice esta averiguación y me puse en camino a dicha casa pasando por los retenes con el falso carácter de ayudante; con el primer jefe que me encontré fue con mi jefe:

Olivas, quien en cambio de reprensión, me llamó a la mesa y me obsequió una hermosa cristalada de aguardiente, y comida á mi satisfacción, no sólo para saciarme, sino también para repletar mis tres salveques que iban listos con tal fin.

Serían las diez y las calles estaban llenas, no cesaba de llover; se me nombró para ir de avanzada a la salida de Metapa, un ayudante fue a señalarme el lugar y me dio la consigna que debía atender y ejecutar. El callejón no daba vado a los lados estaban los cercos de piñuela, los relámpagos aunque consecutivos no vencían la oscuridad, ni la vista alcanzaba a descubrir objeto a la distancia de tres pasos, no había un lugar para sentarnos, cómo pasar la noche y vigilar al enemigo. ¡Oh recuerdos, recuerdos! ¡Oh! patria, patria, ¿a tus salvadores miras con tanta indiferencia?

El sueño y la vigilancia eran esa noche dos poderes que luchaban. El primero era una necesidad que a cada momento era vencida por la razón y el deber de salvar no sólo a diez o doce mil víctimas de que se componía el ejército, sino la vida y libertad de cinco Repúblicas.

A las 6 a.m. se me dio la orden de retirarme, el ejército y el tren de guerra estaba listo esperando tan solo la voz de marcha. Desfiló el ejército sobre Masaya y la ocupó sin un tiro por abandonar los yankees la plaza.

En todos los barrios de la población estaban las divisiones cada una en el suyo y todas bajo el mando en jefe del General Belloso. Se procedió a reparar las trincheras y formar otras, todas en bocacalles inmediata a la plaza. Yo fui designado a la trinchera de la calle de San Juan, las tres escuadras restantes de la compañía ocupaban las dos esquinas inmediatas a mi trinchera.

Ingresó el General Martínez con su división segoviana. A los pocos días, Martínez y el General Zavala con sus respectivas divisiones se fueron a ocupar los pueblos de Niquinohomo.

Todas las familias masayenses habían abandonado sus hogares, una que otra indígena llegaban con sus ollas de frijoles y plátanos. Aquel numeroso ejército recibía diariamente su prest, porque sus gobiernos mandaban semanalmente dinero, y como no hallaban en qué invertirlo, por tal motivo y la ninguna ocupación, se veían por calles y plaza juegos de azar.

Nosotros los nicaragüenses, por la exhaustez del erario, nuestra conducta de honradez era inimitable; pero en cambio aparecíamos como bobos, abriendo la boca, al ver al más humilde soldado de las distintas Repúblicas con las puñadas de dinero.

A los pocos días aparecieron otras mujeres ladinas, con botellas de venta formando tiangué, todo se vendía a vapor; los jefes y tropa todo lo consumían, entre estos habían jocosos, que decían al más glotón: "Compañero, sea usted más parco, aprenda de los nicaragüense, ellos son nuestro modelo". Estas y otras tantas groseras burlas se nos dirigían, y no faltaron jefes y oficiales que nos enrostraran nuestra culpabilidad de la guerra.

No recuerdo si fue el 11 de Octubre, que salí nombrado por la orden general, cuarta ronda en el día, y salí a las seis con mi comitiva; las calles estaban con agua, las casas todas cerradas, todo estaba en silencio sepulcral; la consigna en la misma orden, entre otras

cosas era entrar lo menos dos cuadras en cada una de los tres caminos que conducen a Granada. El camino estaba como las calles, la noche entraba con su manto negro, cubriendo la escasa luz del horizonte, las calles lóbregas y montuosas: de trecho en trecho tenía la necesidad de aplicar el oído a la tierra y al mismo tiempo dirigir la vista horizontalmente para observar mejor. Regresé del camino de la loma (Coyotepe) que fue el primero y me dirigí al del centro; no bien entrado a él oí paso de bestia y dí el quién vive; con tal requerimiento el enemigo, que no era otro, se dio a conocer tanto en su movimiento como por los disparos que me hicieron: cumpliendo con las instrucciones, les contesté con las descargas de mi comitiva y haciéndolo en retirada. Por entre los chagüites (chacras) pretendían cortarme la retirada. La plaza y los barrios se pusieron en movimiento. El General Chicas con sus bravos santanecos les salió al paso, cubierto con el negro pabellón de la noche, los tomó a boca cañón. En mi primera descarga atendí mandar al cabo a dar el parte, de que me batía con los yankees; me concentré a la plaza dando cuenta de las novedades de mi ronda.

En mi puesto había otro oficial y a mi se me ordenó ocupar una tienda contigua al cuartel nuestro; el solar montoso y sin cerco en el fondo, debía ser vigilado y con la pena correspondiente de ser castigado por el descuido o abandono. El General Chicas con sus santanecas defendió el fuego y se concentraron, quedando los filibusteros posesionados en la iglesia de Monimbó, estos trabajaron sus parapetos y claraboyas en la noche, acercándose a nuestras trincheras cuanto les fue posible. En los puertos de vigilancia y resto del ejército la mitad dormía y la otra vigilaba.

A las cuatro de la mañana todas las bandas marciales tocaron dianas. También a esa misma hora se oyó la diana del enemigo en su cuartel general y una granada enviada por su artillería nos dio el saludo, o fue el billete de reto a muerte. Las guerrillas de yankees, amanecieron en las casas inmediatas a la plaza. Salieron de ésta las guerrillas primeras ya con los claros del día para saber el lugar que aquellos ocupaban y batirlos: se caminó mucho. Ellos habían hecho andamios y escalas para subir y tirar por sus claraboyas que hicieron en la pared, sobre los umbrales de sus puertas y hasta en el techo. A la esquina sur de nuestra trinchera estaban ellos disparando a los artilleros nuestros, por la trinchera de la calle de Monimbó, salió el joven Capitán Joaquín Chévez, batiéndose con bravura y bizarría con una lucida guerrilla de yankees que venían sobre la trinchera nuestra, protegidos por los rifleros de las dos esquinas preparadas con tal fin, con sus claraboyas donde tiraban a todo su gusto. Se me dio la orden de salir de mi puesto por entre los solares montuosos, a hacer fuego a los rifleros que disparaban sobre nuestros artilleros y proteger al mismo tiempo al denodado Chevito; llegué a la casucha frente a la que ocupaban los yankees y aunque cubriéndonos con los árboles del solar, tuve un muerto y dos heridos, y mirando al joven Chévez que venía en amplia calle, lo ví caer y su dicha guerrilla quedaba comprometidísima: con tal reflexión salí a la calle resuelto y correr sobre la muerte hasta unirme a los de Chévez; logré cumplir con mi deber, ordené desplegarse y hacer fuego a pie firme por el frente y los costados a recoger el cuerpo de Chévez y conducirlo a la

plaza. En ese lugar los momentos eran de angustia y la muerte la veíamos con sus descarnadas manos cortando nuestra existencia; caía uno aquí otro allá. Nuestra dificultad mejoró con la protección salvadoreña que salió por una calle y el Capitán Gómez por entre unos solares picando la retaguardia a los de la derecha. Salimos del apuro y cargando con muertos y heridos entramos a darnos descanso. Serían las 7 a.m.

La primera esquina de la calle de Monimbó la defendían salvadoreños e igualmente que la siguiente del lado arriba, frente a la de unos cardones altos, calle de por medio y en ella una trinchera; en esa casa estaba en esa hora el General Jerez. La referida primera esquina fue tomada por los yankees que la asaltaron por la retaguardia no obstante el valor y resistencia que allí demostraron sus defensores, éstos cayeron a la calle dirigiendo sus tiros a los asaltantes que de la puerta de dicha esquina nos diezmaban con sus certeros disparos. Quedaba cortada la trinchera y casa donde estaba el General Jerez y tropa que las defendían de las partidas que por la retaguardia y en plena calle los estrechaban. El Coronel Félix Madrejil era el jefe día; serían las 8, que aún no hacía una hora de haber regresado felizmente a mi cuartel y apesadado con los lamentos de los soldados, quienes por lecho tenían el pavimento; en esas consideraciones estaba, cuando se presentó montado el señor jefe día dándome la orden de salir con mi diminuta escuadra a recuperar la esquina que quitaron los yankees y por estar en inminente peligro el General Jerez y todos los que con él defendían aquel punto de la plaza y debe comprenderse, que todo el ejército estaba en movimiento con las disposiciones de sus jefes, y cada uno en su puesto hacía cumplir sus órdenes.

Herido gravemente

También por momentos, esperábamos oír el fuego de la retaguardia del cuartel general del yankee, ejecutado por las divisiones de Martínez y del chapín Zavala, quienes con tal fin ocuparon los pueblos inmediatos.

Con la orden que recibí del señor jefe de día, salí entre los corredores que caían a la plaza y así hube de llegar hasta cruzar la calle en carrera hasta presentarme en la puerta bajo los rifles filibusteros; sin más convicción que la de morir. Esta convicción acompañada de presentimientos creo iba en la conciencia de mis compañeros pues nuestras armas de piedras de chispas y no de precisión como la de ellos, por tal razón ya había prevenido a los soldados que nosotros éramos hombres como ellos y que, tras el tiro cargáramos a la bayoneta, que si no lo hacíamos así, moriríamos sin salvar a la patria. Tal fue nuestra resolución que en las primeras gradas, estábamos disparándoles los primeros y últimos tiros, bajo los rifles con que ellos hacían fuego a los que desalojaron, que estaban contra las paredes de la iglesia. Ya nosotros entre el salón, solo era un remolino; varios de ellos disparaban sus revólveres, saliendo unos por el corredor y otros se entraron por la puerta de un tabique para salir por otra puerta al mismo corredor, a éstos seguí yo muy de cerca sin haber visto que uno de ellos solo tuvo tiempo de respaldarse contra la hojita izquierda de la puerta, y yo al entrar ví el ademán girando un poco atrás la cabeza; el yankee descargó el terciaso haciendo pedazos la otra hojita de la puerta, ésta

recibió toda la fuerza del golpe, alcanzándome a golpear la cara al lado derecho, aunque al parecer fue poco, sin embargo, caí al suelo arrojando sangre por oídos, boca y nariz; las dos quijadas del lado derecho no les quedaron muelas; yo estaba sin sentido.

En el lecho que me dieron mis queridos jefes, descansaba sin advertirlo si estaba en el mundo; y no lo sabía. La inflamación causó horror a los amigos y compañeros que iban a verme, no oía, no veía, no podía pasar alimento, porque los labios eran una enormidad que cubrían la nariz. Los ojos se habían ocultado por la inflamación. El doctor Sediles me asistió con esmero y primor; con un tubito de plata que me introducían en la boca me daban los líquidos. Todos mis soldados, que eran chinandeganos y viejanos, querían ser mis asistentes.

Después de cuatro días calmóse un tanto mi pena y dolores; no veía pero ya oía, oía las sentimentales palabras de amigos y compañeros que llegaban a verme. ¡Queridísima patria! dadme hoy como en aquel día si quiera una mirada de cariño, no os avergonseis de mi ancianidad, pobreza, salud achacosa por la aglomeración de tantas fatigas, hambres, desvelos y hasta mi sangre derramada por los hombres que te despedazan!

Cedí la inflamación a la constancia de los medicamentos: yo no sabía cuánto tiempo tenía de estar en cama, ni por qué causa, ni el lugar, tal era mi demencia.

Cuando mi salud estuvo restablecida, fuí informado de haberse recuperado la dicha casa llegando con éxito el auxilio de mis soldados oportunamente, de los que de ella habían sido desalojados y se hallaban contra las paredes de la iglesia, habiendo suspendido sus fuegos cuando nos presentamos en la puerta batiendo a tan feroces enemigos.

También fuí informado, que los Generales Martínez y Zavala, en cambio de acudir en nuestro auxilio se fueron a Granada, encontrando en ella formidable resistencia. Los yankees entonces levantaron de Masaya el campo, para proteger a los que sostenían aquella plaza, y que al siguiente día, marchó el General Jerez a proteger a los dos jefes.

Restablecida mi salud volví a mi compañía, teniendo el pesar de la muerte de uno de los dos heridos que tuve bajo los árboles y de tres más en la sala de la casa recuperada y los cuatro heridos en ella; estaban en el Hospital, a quienes fuí a verlos porque ellos también deseaban verme.

A reponer a los que faltaban en mi escuadra, llegó de Chinandega Francisco Carazo con sus hijos Mercedes y Julio, ávidos de sentimientos patrióticos, soldados constantes en el servicio y subordinados.

Cuando yo estaba en cama había salido para Rivas una columna de trescientos hombres al mando de los Coroneles Lucas Blanco y Félix Ramírez Madrejil.

Al siguiente de haber yo ingresado a mi compañía recibí mi capitán Pánfilo Gómez la orden de nuestro jefe Olivas de organizar y tener lista su respectiva compañía.

Walker había salido de Granada y ocupado la isla de Ometepe. Marcharon unas dos columnas a Granada, nicaragüenses y salvadoreños. Por varios puntos se intentó tomarla, tomamos posiciones esa tarde, y muy de mañana el fuego era igual por todos los puntos de la

plaza avanzando el que más podía; yo entraba por el lado sur, sin mayor peligro. Por boquete a una casa inmediata a la del señor Vega y en el que desde sus balcones, los yankees hacían fuego a los nuestros por donde los descubrieron. Por una de las ventanas de dicha casa, aunque sesgada se veían a los del balcón: les tomé puntería y no disparaba porque deseaba que el tiro fuera a un jefe; así esperaba sin atender que en otros balcones más distantes me descubrieron el brazo y me lo hirieron; con el golpe de la herida, sin quererlo, tiré del gatillo y se vino al suelo el que recibió la bala; mi fusil cayó al suelo y tanto de ese balcón inmediato como de los otros, recibimos un nutrido fuego: tuve dos heridos y se hacía imposible permanecer en esa casa. Dispuse salir de ella y lo ejecuté, ejecución feliz, igualmente que las heridas, pues sin éstas de seguro hubiéramos sido arrasados.

Al salir nosotros del boquete, vimos venir a los yankees entre aquellos solares a tomarnos el dicho boquete. Nuestras heridas no nos permitieron hacer uso de las armas, pero no nos impedía retirarnos, haciendo fuego con los que estaban aptos para contenerles el paso doble que traían para arrojarnos.

A Rivas

Llegó otra vez el General Martínez y el General Jerez dos días después se fue a Rivas, yo no quise quedarme, mis heridas cicatrizaban, y ni el Capitán Gómez, oficiales y tropa querían dejarme. Me fuí a pie como muchos por la escasez de bestias: en el camino me vio el General Olivas y su segundo jefe Coronel Lino Sáenz. Estos jefes procuraron montarme y lo consiguieron. Llegamos a la ciudad de Rivas, dejando en El Obraje el Hospital con varios heridos de la tropa de los Coroneles Blanco y Ramírez Madregil.

Hacia Nandaime

Puse retenes por varios puntos y descansamos, nombrando rondas a los oficiales y yo me hice cargo de la mayor.

Quizá, mas por la falta de alimento que por temor, nadie podía conciliar el sueño. Como a la 1 a.m. me hice observaciones que la razón y la experiencia me dieron su aprobación. Puse en pie a todos ordenándoles tomaran el camino y todos me hicieron observar que era muy noche y tener que atravesar un pedazo de montaña muy fangosa; las razones que se daban parecen justas, mas no estaba en disposiciones de tomarlas en consideración y les dije: tengo omnímodas facultades para hacerme obedecer y lo haré a mi pesar.

Tomamos el camino y al amanecer llegamos al río Ochomogo, le pasamos, estaba el mandador en una bonita casa y dos mujeres en la cocina; también allí vimos unos cueros estacados y hablando con el mandador me informé que allí había dormido la tropa y antes de amanecer se habían puesto en marcha. Le pedí raciones para ochenta personas y se excusó con mal semblante.

En uno de los fogones de la cocina estaba un hermoso caldero cociendo plátanos, se los pedí y su contestación fue negativa, diciendo que sus operarios no habían comido el día antes; en eso se presentaron unos cuantos chanchos entre ellos uno más lucido; dí orden que lo tiraran y lo ejecutaron mis soldados, se peló al

estilo de res, se descuartizó sacando los plátanos y echando los pedazos de puerco a cocer sin haberle retirado el tocino; no bien había hervido se sacaron los pedazos sobre un cuero y ordené se racionaran todos.

En esta operación estábamos y vimos todas con novedad pasar el río a dos montados y con mucha precisión, llegan y preguntan por el General, les interrogo; éstos, informan que como a las dos de la madrugada llegó una tropa de yankees a la hacienda de San Francisco, como una hora después de haber dejado nosotros la referida hacienda; que la tropa tomó el camino de Santa Cruz y no tardaría en llegar a donde estábamos. Les rendí las gracias y ordené a mujeres y paisanos tomaran el camino.

Hice formar a los militares, previniéndoles que el camino que íbamos a andar era pésimo, nada más que grieta, jícaros y zarza, y que recordaran que ese llano era extenso, por consiguiente debíamos ir con oído atento para percibir los pasos y hacerles fuego en retirada cubriéndonos de jícaro en jícaro.

A lo sumo habríamos andado dos millas y se oyeron pasos de bestias; los de atrás dieron la voz de "el enemigo" estos fueron los primeros que se cubrieron y dispararon al primer montado que vieron matando la mula y el individuo gritando decía: "Somos rivenses, somos paisanos" y presentándose. Les rodeamos y eran dos familias.

Mientras uno de los criados pasaba la montura del patrón a su bestia, nos refirió lo mismo que ya sabíamos y nos dijo que iban a procurar darle alcance al ejército para que el General nos mandara proteger, pues él tenía la convicción de que los yankees llegando a la hacienda que acabamos de dejar tomaría informe y vendría a darnos alcance.

Continuó su camino aquella familia de señoras y señores, chicos y grandes, también nosotros.

Como a medio día llegamos a un riachuelo y cerca se veían los escombros de una casa que dijeron unos de los acompañantes, era la hacienda de las Cabezas. Bajo los árboles de aquella ribera hicimos nuestro desayuno; cada uno abrió su morral y aunque frío los plátanos y el chanchó, saciando la necesidad del estómago, aunque careciendo de un puro para fumar.

Continuamos nuestro camino sin ninguna novedad; como a las tres de la tarde entramos a una especie de montaña y al principio de una tormenta cargada de electricidad. Bajo ese llover torrencial, al entrar la noche llegamos a la hacienda Jesús María, era de ganado; allí estuvo el ejército y antes del llover se fueron a Nandaime. Dispuestos a todo peligro nos quedamos a pasar la noche en dicha hacienda.

El mandador y su señora eran todo generosidad y consideración. A mi y a varios oficiales nos vistió con su ropa de uso, sacó guaro en cantidad suficiente para todos en general y él en persona sirvió a los oficiales. Los sirvientes hombres y mujeres no podían ser mejores; unos acarreaban leña, otros facilitaban varas para tender la ropa mojada cerca de los fogones que hicieron con tal objeto, la señora del mandador se tomó el interés de preparar la mesa para los oficiales.

En dos hermosos calderos se cocían plátanos y todas las tortillas que se molían, todo para dar de comer a toda aquella gente; las mujeres que con nosotros venían,

recogieron todo el chancho y se hizo gran fritanga a más de un hermoso queso que hizo raciones el buen mandador.

Este hombre, su señora y sirvientes sólo pensaron en que pasáramos buena noche; y no he dejado de creer que fue obra del General Jerez.

En la mañanita el mandador puso a la orden la canoa de leche y unas cuantas botellas de guaro que se distribuyó entre todos.

Para nosotros los oficiales, la señora había preparado chocolate de leche con tortillas revueltas.

Todos, militares y paisanos dimos a toda aquella buena gente las más expresivas gracias y muy particularmente al mandador.

Tomamos el camino llegando muy pronto a Nandaime.

De esa ciudad salió muy de mañana el ejército, pero estaban los jefes principales esperando mi llegada; ya andaban los alcaldes tomando bestias para nosotros y preparando provisiones de comestibles, pero bestias y provisiones se habían agotado. En vista de tantas dificultades, tomamos el camino quedando en la ciudad los señores jefes.

Encontramos a dos americanos bien montados, sujetos bien parecidos. Varias de las mujeres que caminaban a la vanguardia, retrocedieron para decirme que uno de aquellos yankees era el que ahorcó al infortunado don Mariano Salazar; los hice desmontar y la tropa que venía a mis órdenes me pedía venganza de muerte y me recordaban las instrucciones que me dieron como tal comandante de la retaguardia.

Afortunadamente como auxilio de la divina providencia para salir ileso de un caso tan inesperado; a ese tiempo se acercaban los jefes y por ellos se salvaron de la muerte aquellos dos sujetos, dejándoseles en libertad.

Pasamos pueblos y pueblitos, hasta llegar por la tarde a Catarina, en donde hicimos noche, bien alojados y sin mayor cuidado.

Al siguiente día nos dirigimos a la ciudad de Masaya y fuimos recibidos con el júbilo que inspiran las buenas relaciones del compañerismo.

Jerez y Cañas

Nuestros dos Generales no se separaron, caminaban juntos y juntos se alojaban en un mismo hogar. Jerez y Cañas estaban unificados en un mismo sentimiento, en un mismo interés: el de morir o salvar a la patria Centroamericana. Este sentimiento, este interés lo sabía y lo apoyaba con ardor hasta el más último de sus subalternos.

Los martinistas, chapines y parte de los salvadoreños sitiaban en Granada a los yankees, que en esa plaza dejó a su caudillo, al ocupar él la isla de Ometepe.

No tuve la curiosidad de saber por qué causa los Generales Jerez y Cañas, que se movieron de Masaya a los días de nuestro regreso de Rivas, dirigiéndose a Jinotepe, y por la temperatura helada tuvieron que irse a Masatepe.

Después de haber permanecido varios días en aquella ciudad, regresamos a Masaya.

Los yankees incendiaron Granada y se fueron a huir con su principal caudillo a la ciudad de Rivas, que ya la ocupaban.

Comisión a León

Uno de esos días, el General Jerez me dijo que hiciera un recibo de tres pesos y mandó darme una bestia para la comisión que estaba nombrado; yo no sabía para donde se me mandaba, ni cuál la misión que iba a desempeñar.

Me despedí de mis jefes y demás amigos y compañeros de arma, todos ellos conjeturaban de diferentes modos, los más creían lo que yo interiormente presentía: y era que iba a Rivas a tomar informes de la posición del enemigo. El pesar en todos se manifestó visiblemente.

Me faltaban pocos minutos para presentarme a la hora que se me había designado, listo a recibir órdenes. Como verdadero creyente, pasé al templo a pedir a nuestro Supremo Hacedor, por la poderosa intersección de María, su gracia y divinos auxilios.

Hecha tal petición, con toda confianza, monté y me presenté al General diciéndole que estaba listo; él en lugar de decirme lo conveniente, (lo recuerdo muy bien y me honro) habló al General Cañas y le dijo: "Ve a su reloj y véalo a él, es uno de los varios activos y leales que están cerca de mí".

El General Cañas me dio la mano llevando en ella un escudo que dejó en la mía. Sería esto una muestra de cariño que yo no tuve palabras para manifestarle mi agradecimiento. El General Jerez tomó un paquete y poniéndolo en mis manos me dijo: "Son las nueve de este día lunes, mañana a esta misma hora en que sale, debe entregar estas notas al señor Ministro. Le recomiendo a usted exactitud y honradez en la comisión que se le ha encargado".

El sobre era para el señor Ministro de la Guerra del Gobierno provisorio, en León.

Con tales recomendaciones solo hube de tomar un tiste en Managua sin desmontarme; como a las tres comí en Nagarote y sin detenerme en Pueblo Nuevo seguí el camino para León, llegando poco antes de las nueve; luchando interiormente en querer averiguar qué sería la comisión a que iba destinado. Vencí la distancia del largo camino, pero sin poder sentirme satisfecho de haber dado en el clavo.

Esta lucha de incertidumbre era más grande que la de hacerme acreedor a mayores recomendaciones por mi exactitud. Montado llegué a la casa del Sr. Ministro; puse en sus manos el paquete, se me dio asiento, el que tomé por educación, pues mi inquietud subía a grados. La respiración se me detenía a cada momento, una tempestad de juicios, unos favorables otros adversos. Pedía a Dios, pero con gran inquietud y sobresalto sus divinos auxilios y queriéndome tranquilizar me resigné diciendo: Hágase en mí Señor, Vuestra Voluntad.

Toda esta tempestad la resistí cuando leía la correspondencia.

(aquí sigue una parte que está rota).

Comisión a El Salvador

Las preguntas fueron varias; pero ¡bendito sea Dios! el anciano Presidente don Patricio Rivas, me dio, como en privado, sus instrucciones para presentarme ante el gobierno salvadoreño. Nos fuimos los tres a la Casa de Gobierno y allí firmé dos recibos: uno para un vestido de bayeta, levita con botonadura militar, lo mismo que el

chaleco y el pantalón con franja angosta de paño de grana. El vestido, en verdad, era sencillo; pero aquí debo decir que lo hacían elegante los servicios de un militar que a la luz de un sol meridiano levanta todavía su frente con la entera confianza de su sana conducta, ya como militar o ya como simple particular.

El otro recibo para percibir de la Tesorería \$ 50 como viático para los gastos del camino, poca era en verdad esta suma, pero con ella debía conformarme por la razón o la fuerza; pues mi patria, esta asolada patria, me decía al oído, confórmate mi leal servidor y no seas pródigo con ese corto socorro, como lo has sido por mí, derramando tu sangre y ofreciendo tu vida. ¡Ah, patria, patria, qué dulce es tu nombre! Mis amarguras de hoy, son viandas agradables, pronunciando tu dulce nombre.

A las 11 del día me despedí del Señor Presidente y Ministros, volviéndome a encargar el primero que no perdiese tiempo. El Comandante de Chinandega tenía ya en el puerto lista la embarcación que debía llevarme a la Unión.

El pasaporte era expresivo, amplio, amplísimo, para no demorar la salvación de nuestras Repúblicas. Como a las cinco de la tarde estaba yo ante el señor Comandante, manifestándonos ambos el placer de volvernos a ver. Todos mis amigos y camaradas deseaban darme la mano, y como el Comandante me dijera que todo estaba listo, sólo demoré el tiempo de pasar la montura a otra bestia de refresco.

Me acompañaban hasta el puerto de orden superior, los oficiales R. Zavala y Oconor. La embarcación era la del servicio de Playa Grande e igualmente los marinos.

Amanecimos en la Garita, donde se prepararon lo suficiente los marinos. Salimos de ese lugar como a las nueve o diez de la mañana con lo que llaman repunta. Nuestra navegación la esperábamos muy feliz, pues hasta el viento sur, desde la boca del extremo, se prestó favorable, durante la noche, en toda la travesía.

Llegamos a la Unión como a las 10 u 11 a.m. Me presenté con el piloto ante el señor Comandante, quien, a la vista del pasaporte, dio sus órdenes para preparar una bestia para mí y otra para un oficial que iba a ir en mi compañía. Mientras tanto, se me preparó un almuerzo que tan generosamente me obsequió. Estando a la mesa, gozándome de tanta generosidad, se alarma el cuartel y todo el puerto, con la señal que puso el Vigía. El Comandante dio orden para una generala por las calles y me dice: "Amigo, a tiempo ha venido para que tome parte en la defensa del puerto"; y le contesté, diciéndole: "Sería muy honrado si esta alarma fuera una realidad: pero conozco al caudillo desde en Aca-pulco, al venir a tomar parte en nuestras disensiones y el interés que tiene en adueñarse de nuestras Repúblicas, no le permiten dividir su armada en operaciones que no tienen valor. Los primeros hombres que se presentaron llenando el local de la Comandancia, fue el comercio, los que al verme a la mesa tan sin pena ni cuidado, fueron informados por el mismo Comandante quién era yo, de dónde venía y hasta mi nombre y apellido.

Sería larga mi tarea si me propusiera describir tantas preguntas e informes que deseaban tener de un militar que venía del propio lugar de los acontecimientos.

Sin embargo, se alistaron a todos los presentados y

se cubrieron con retenes todos los puntos que debían ser vigilados. El Comandante y Mayor de Plaza me designaron a la tropa de operaciones.

Penoso me es hoy decir que yo era el blanco de todas las miradas, y lo digo porque el señor Comandante y personas principales me dijeron que la tropa y familias del puerto esperaban mucho de mí. Aquellas gentes creían que los yankees eran fenómenos inmortales, que no les entraba la bala.

Serían las dos de la tarde cuando se vio cambiada la señal de ir la embarcación con rumbo a Amapala. Con tal aviso, dispuse mi viaje, y esto se verificó sin perder más tiempo: mi compañero era afable y sagaz, que con su suave conversación, preguntas y detalles que me pedía de la contienda Centroamericana, se deslizaban las horas y el largo camino se anduvo sin sueño ni fastidio.

El camino está marcado, de trecho en trecho hay haciendas y casuchas o enramadas como para favorecer a los pasajeros; habíamos pasado unas chocitas hacia poco y se me ocurrió decir al compañero: "Como que nada andamos; oigo todavía cantar los gallos de las chocitas que hemos pasado". —"No, señor mío, esos que oye usted, son los de Miraflores; vea usted a la derecha, esas alturas o lomas, como se les llama generalmente, son las que dan el nombre a ese lugar, por las diferentes flores que presentan, la variedad de árboles que las cubren; el camino no está vencido, dentro de dos o tres horas estaremos en San Miguel.

"Pues bien, mi amigo" —le dije—, "deseo me diga si en esas casas nos pueden proveer de unas copas de cualquier licor y un poco de café o chocolate, pues se hace necesario atender tanto a vigorizar los nervios como al pobre estómago".

El compañero rió a carcajadas, que no dudo que el ruido de ellas despertó a las señoras de dichas casitas, que ya estaban inmediatas; llegamos a ellas, y fue él quien tomó la palabra, llamando por su nombre a la señora: fuimos servidos del licor y era necesario esperar algunos minutos para lo demás.

—"Amigo, tomemos otra copita" —le dije— "y no perdamos tiempo".

Vio el compañero su reloj, y dijo. "Marca la una, y las bestias vienen bien: entre dos horas, creo llegaremos a la ciudad, pues solo hay cinco millas de este pasaje a ella; y en mi casa descansaremos y se nos proveerá de todo lo que necesitemos".

Partimos sin demora, y el joven no se había equivocado en sus cálculos: a las 3 y 5 entrábamos a su casa; y no hay que hablar del regocijo que produjo nuestra presencia. Los sirvientes atendieron a las bestias; yo tomé una hamaca y el joven no quiso tomar otra que estaba un poco separada y tanto más por estar reunido a la mamá y hermanos que eran tan simpáticos y tan preguntoncitos y que deseaban saber quien era yo; y lo que andábamos haciendo. Comprendiéndoles yo la curiosa inquietud que les causaba mi presencia, y tanto más por saborear la miel en que, como los buñuelos, venían envueltas mis palabras.

Alegré largo de mí, sueño y rendimiento para satisfacerlas; pero les dije que el contenido de la comisión solo lo sabían los pliegos que llevaba. Cortas se hicieron las tres horas que faltaban para la aparición de la

luz del sol.

Nos dieron el aviso de estar lista la mesa; ante todo, les dije a la señora y niñas, sírvanse de perdonarme la confianza de suplicarles me acompañen, saludar por segunda vez a esta señora que contiene tan fino licor. Tomé la botella, y una de las niñas corrió a traer unas cuantas copitas. Las serví el licor, recomendándoles fuera ese brindis el recuerdo imperecedero de un soldado afanado por la vida y libertad de Centroamérica. La señora y niñas me protestaron con franqueza y cariño que siempre me tendrían presente, sin olvidarse de que era uno de tantos libertadores de Centroamérica y se felicitaban de ser su hijo y hermano el que iba en mi compañía.

Las bestias estaban listas; montamos, y dándoles un segundo adiós, nos alejamos.

Hermosos caminos son aquellos: anchos, parejos y sombríos; muy parecidos a los del Departamento de Rivas, Nicaragua. A corta distancia se encontraban trapichitos y viviendas de gentes generosas, que salían a ofrecernos sus servicios.

Llegamos al primer pueblo, Quelepa, si no me equivoco: su calle central era la entrada y salida hacia a otro pueblo llamado Moncagua, pues no están distantes. En una de las casas que circulan la placita, estaban dos pasajeros desmontados; nosotros también nos desmontamos para tomar un pinolillo que pedimos, y mientras lo preparaban, cruzamos conversación con los que allí estaban: éstos, por nuestros vestidos y espadas que llevábamos ceñidas, no tuvieron que dudar que éramos militares, y que yo, les dijo mi compañero, venía del teatro de la guerra e iba en comisión ante el gobierno.

Fuimos informados que ellos venían con los dos Ministros y el General Gerardo Barrios y que no tardarían en llegar a tomar lo que estaban preparando.

A los pocos minutos se presentaron con sus acompañantes; les hicimos un saludo, que correspondieron no sólo con urbanidad, sino con muestras de cariño.

Desmontados ya, siguieron las preguntas, satisfaciéndolas y presentándoles mi pasaportes; el General Barrios fue el primero en estrecharme por segunda vez la mano.

Llegó el cura acompañado de unos pocos señores a saludar a los viajeros. El General Barrios me presentó a los señores Ministros de la Guerra y Relaciones; éstos me pidieron la correspondencia y se las presenté. Nos fuimos todos, con el cura a su casa, en donde escribieron, y regresaron a dos de la comitiva con sus informes. Yo y mi compañero nos regresamos con ellos a San Miguel. Omito referir todo lo referente a mi entrevista, por nuestra pronta llegada a casa de mi compañero.

Como a las 10 ó 11 de esa noche estaba despachado. Esa misma tarde salió la división al mando del General Aguado (a) Calabaza para la Unión, en donde se embarcaron para esta infortunada República.

En la tarde del siguiente día, entramos al puerto y como iba en compañía del General Aguado, fui hospedado en la Comandancia, recibiendo tanto del señor Comandante como de sus amables niñas, nuevas muestras de cariño.

Regreso a Nicaragua

Al siguiente día, en la mañana, fuimos embarcados

con dirección a nuestro puerto, llegando primero la embarcación en que venían los principales jefes. De la Garita de la Playa Grande hice salir un expreso a dar el parte del arribo de dicha división.

Cuando se recibió la respuesta, se prosiguió la navegación, llegando a El Tempisque en la noche. Yo no esperé pitos ni tambores. En el acto de haber salido a tierra, me puse en camino, encontrando bestias y carretas.

En la tarde estaba el puesto en grupos, esperando ver la entrada de la referida división; ésta desde en la mañana estaba en marcha a León. Un poco después del ejército salí yo, en compañía del General, llegando a León a medio día.

Me presenté ante el Gobierno, dando cuenta de mi comisión y recibiendo de él las vivas demostraciones de reconocimiento a mi actividad, del que ya tenían conocimiento por las buenas recomendaciones a que me había hecho acreedor.

Al tercer día me fui a la campaña, con dos oficiales y cincuenta individuos de tropa, que custodiaban cuatro cargas de parque; iba ansioso de verme y estar con mis compañeros de armas, y este deseo me hacía ver con indiferencia los peligros y demás obstáculos. Esta ansiedad de verme entre mis camaradas, me dieron resistencia para llegar a San Jorge en tres días y medio, pero no me había imaginado tener el pesar que me esperaba.

Hacían dos días que habían ultimado al joven Florencio Santamaría, por el crimen que tuvo la desgracia de cometer, dando muerte al joven Enecón. Ambos eran ayudantes del General Jerez: el primero como escribiente, pues tenía inteligencia, y el segundo de comunicar órdenes. Ambos eran del aprecio y cariño general en el ejército.

Ocupé mi puesto de primer teniente en la compañía del Capitán Pánfilo Gómez. Dos días después de mi ingreso al campamento, tuvo que moverse una parte del ejército nicaragüense, junto con una sección del anciano Coronel don Pedro Rómulo Negrete, jefe salvadoreño.

Contra los yankees

Marchamos con dirección a la Virgen a esperar allí la flota de yankees que desembarcaron en San Juan, a reforzar el ejército de nuestros antes enemigos. Mi compañía ocupaba la vanguardia, y como yo era el primer oficial de ella, era el de la descubierta.

En una vuelta del camino, en el llanito de Santa Rosa, me encontré con los yankees, haciéndome la primera descarga a quemarropa, contestándole con destreza; mi caballo fue muerto, varios de mis soldados muertos también unos y heridos otros. Un Capitán y oficiales acudieron por varias direcciones, y el ejército se desplegó por compañías, quedando otras, el cuerpo de reserva, donde se refugiaban los heridos y se daban las órdenes.

Habiendo quedado yo a pie y con sólo cinco hombres, con ellos ingresé a la reserva. Nuestra división estaba hecha pedazos. Los jefes atendían vigorosamente a batir a los yankees por los flancos.

El encuentro, aunque de pocas horas, fue sangriento. Yo estaba en la reserva, y el General tuvo aviso de la protección que de Rivas les iba a llegar; con tal aviso, para salvarnos de una completa derrota, dispuso una retirada con el resto de valientes.

Yo recibí orden de montar en un caballo que se me presentó para ir a hacer fuego al enemigo hasta concluir con el último cartucho de una parada. Monté y partí al lugar que se me designó y resguardado por unos árboles de jícaros hice los primeros disparos, a los que veía de frente. Fuí sorprendido por la izquierda, y a corta distancia me hicieron fuego, doblando una bala la empuñadura de mi espada que tenía en su vaina, y otra el pico de la montura.

Solamente oía uno que otro disparo por diferentes partes: esta observación me hizo comprender que en aquel lugar estaba solo, y aunque solo había disparado unos seis cartuchos, y que sin concluirlos no podía retirarme; no obstante, la razón y espíritu de conservación me exigieron a abandonar aquel lugar.

Mas al regresar no encontré otra cosa que las huellas: habían retrocedido a San Jorge, donde se encontraba nuestro cuartel general. Viéndome solo y siguiéndome los yankees, solo me detenía para dispararles un tiro.

Me alejé cuanto me fue posible, hasta darle alcance a la destrozada división.

Era el General Olivas el que guardaba la retaguardia, y al acercarme, me dice: "Te salvastel" y por toda respuesta, le dije: "General, por qué me dejaron solo?" El repuso: "Porque era necesario exponer la vida de uno o dos hombres, para salvar la de muchos".

Supe que los disparos que oía por distintos lugares, eran hechos por otros oficiales que tenían las mismas órdenes que a mí se me habían dado, y que con la presencia nuestra el enemigo no veía, no podía ver decidido el triunfo; y así alejarse el avance y de quedar en poder de ellos un solo herido y los pocos elementos, sino hasta jefes de importancia.

El enemigo, con un refuerzo que les entró y el triunfo de Santa Rosa, llegó a fortificar el punto de Cuatro Esquinas.

Semana Santa gloriosa

Nuestro ejército se hizo fuerte con la llegada de los ticos al mando del Sargento Mayor Tomás Guardia, debiendo también ingresar en seguida el resto de ticos a las órdenes del General Rafael Mora.

El Viernes Santo, muy a la mañana, se dio principio al asalto de aquel cuadro y casas de aquellas hermosas haciendas.

El suelo se cernía bajo los pies de los combatientes, por el incesante rugir de toda la artillería. A trincheras y casas a un mismo tiempo se les cargaba con denuedo, pasando sobre multitud de fragmentos y cadáveres que destrozaba la artillería.

¡Viernes Santos! yo y los pocos que sobrevivimos, te recordamos que fuistes día de terror, de dolor, de espanto. De terror, porque los que estábamos aún con el arma en la mano, de un momento a otro ya no seríamos defensores de nuestra cara patria; de dolor, por la pérdida de amigos y compañeros; y de espanto, porque la muerte era la única que veíamos enseñoreada en aquel terreno sembrado de cadáveres y fragmentos. Sin un pan, sin un vaso de agua, sin una palabra de consuelo a nuestros oídos; escuchábamos los dolorosos ayes de los muchos que perdían la vida y los tristes quejidos de los que, heridos, se retiraban; nuestros oídos, lastimados

por el mortífero trueno de cañones que funcionaban sobre miles de víctimas y eran manejados con la destreza de hombres que sabían.

Amaneció el Sábado de Gloria (de gloria para nosotros). Mi Capitán Gómez recibe la orden de ir con dos escuadras, o sea media compañía, a tomar la casa de la hacienda, a la derecha del mortífero cuadro. Con pocas bajas logró apoderarse de ella, desalojando a los aventureros.

Mas debemos comprender que no hay placer cierto sin pena, pues pocos momentos después estaba rodeado él y los suyos. ¡Pobre mi Capitán y compañeros!

Yo estaba a la cabeza de mi primera escuadra, lo mismo que el oficial Ceferino Quintana a la cabeza de la suya, formadas a la sombra de un árbol de genizaro, y así las demás compañías, esperando órdenes.

El Sargento Mayor Guardia se acercó a mí, diciéndome: "Oficial, entre usted a esa hacienda con su gente y cargue a fuego, hasta que tome la trinchera". Mas en esos precisos momentos, se presenta el General Jerez, a pie, con espuelas caladas y un fusil en la mano, y me ordenó que fuera a proteger al Capitán Gómez, que lo tenían rodeado, sorprendiendo al enemigo por la retaguardia.

Partí con mi escuadra de Chinandegas a ejecutar la operación. La orden del señor Guardia se la dieron a Quinta. Serían las dos o tres de la tarde cuando hubo de hacer fuego por su retaguardia a los que ya creían tener en sus manos a mi querido jefe y tropa; mi empeño por salvarlos era supremo, pues los consideraba sin par que o con sólo el tiro con que debían hacer en campo libre el último esfuerzo.

Cubriéndonos de palo en palo, nos fuimos, suspendiendo nuestra respiración para no causar miedo, hasta que los tuvimos a tiro y cargándolos sin darles lugar a tomar otra disposición.

Mi Capitán no era ya prisionero. Los dos oficiales y los pobres soldados se entusiasmaron al ver a sus libertadores, y tomaron el parque que les proveyó un ayudante. Con éste se daba el parte y se pedían órdenes.

Nuestros advenedizos enemigos nos dejaron descansar; pero a los pocos momentos se presentaron en pequeños grupos, llamando nuestra atención por la derecha; pero ya habíamos previsto nosotros su engaño o estrategia.

Prisioneros

El Capitán, con el oficial Canuto Palohueco, cubiertos por los árboles, se sostenían y burlaban el empeño del enemigo. El oficial Caldera vigilaba el flanco, protegiendo al mismo tiempo al Capitán; yo cubría la retaguardia, pero en las haciendas, principalmente las de árboles coposos, la noche se adelanta, y esta fue la causa de que yo y mi Sargento Nicolás Alfamirano cayéramos prisioneros.

Nos llevaron por caminos extraviados hasta su cuartel, nos echaron a la sala que estaba alumbrada por un candil. Varios de ellos, unos estaban tendidos en el corredor y otros en el alero de la casa; el centinela, arma al brazo, se paseaba fuera del corredor.

Yo y mi Sargento no dormíamos; solo pensábamos en que íbamos a morir, o cómo haríamos para salvarnos.

—Compañero, sin Dios nada puede el hombre —me

dijo el Sargento— ofrescámosle al Señor de Esquipulas hacerle a pie una visita, y tengamos fe. Usted, que es más fuerte, con sutileza, sale y cuando vuelva el centinela lo vuela fuertemente y nos tiramos por ese cerco.

Yo estaba joven, ágil y lozano: el temor de la muerte me daba valor, y era el exponer el todo por el todo. Nos dispusimos y procedimos a ejecutar el plan.

Por lo oscuro no vimos el lugar más bajo del cerco; quedé yo entre él, y haciendo grandes esfuerzos, bajo los disparos que nos hacían salir, siguiendo al compañero, sangrando a consecuencia de millares de espinas que se me habían introducido en el cuerpo.

Así hube de pasar otros cercos, hasta llegar a una casa en que había familia; el único hombre que allí había nos llevó a ponernos sobre un camino.

Mi ropa iba empapada en sangre; las espinas, con el más leve movimiento que hacía, me daban dolor; y sin poder descansar.

¡Oh, Sábado de Gloria! ¡Oh, Domingo de Pascua, no es posible olvidarte!

El natural amor que tenemos a la vida y el ardiente deseo de ver alcanzado el completo triunfo de la redención de las Repúblicas, fueron en esa noche memorable de espanto y de punzantes dolores; fueron el único alimento de ese día y el único lenitivo a tanto dolor.

¡Jóvenes de la presente generación: no os enfatuéis de los grandes beneficios que gozáis en la patria liberada con el torrencial de sangre derramada y los millares de víctimas inmoladas!

Recordad que es una deuda inapreciable, dad una muestra, siquiera una muestra pequeña de agradecimiento a los sobrevivientes de esa memorable y grandiosa campaña. Mostraos reverentes y respetuosos cuando se recuerde el nombre de aquellos mártires, que ofrendaron su vida para que ustedes gozaran de patria libre!

Las otras divisiones que habían quedado en Granada llegaron oportunamente, batiendo el cuartel general enemigo en Rivas el Domingo de Pascua.

Entrada la noche, los del cuadro abandonaron el mortífero puesto, llevando su artillería.

Se alistaron todos los útiles de guerra en nuestro campamento y toda la tropa se puso en marcha sobre Rivas.

Los yankees hicieron en esa semana esfuerzos sobre-humanos; pero nuestro ejército aliado, formando uno solo, se tornó potente, no sólo para resitirle, sino hasta para reducirlos a sus últimos atrincheramientos, en donde recibieron nuestra compasión.

Todas las divisiones se alistaron para regresar a sus respectivas Repúblicas, saliendo de regreso una en pos de otra, después de dar un abrazo fraternal a nuestros camaradas ticos.

Fin de la Guerra

Entramos a León en una de las tardes de Mayo, si mal no recuerdo, entre una valla que formaba desde el barrio de Guadalupe hasta la plaza principal la columna salvadoreña que llegó hasta León al mando en Jefe del General Gerardo Barrios y con los Generales Belloso, Cordero, Chotos, y otros más.

El "chapín" Víctor Zavala

Hago recuerdos de la alarma en que el chapín Víctor Zavala puso a la ciudad entera, al gobierno y a los ejércitos.

El chapín ocupaba la plaza de la Merced con toda su división. Mas no sé qué se le antojó exigir a nuestro agotado gobierno, que con la contestación que éste dio al jefe emisario chapín, tras ella se dejó ir furibundo de coraje, él personalmente a la Casa de Gobierno, y lleno de orgullo, entró al cuerpo de guardia, haciendo rodar por el suelo a bofetadas y patadas al oficial de guardia, que era el oficial Manuel Garmendia (a) Cañón, del barrio de San Sebastián.

Este altanero chapín, no solo con palabras descortesadas habló al Gobierno ante sus Ministros, sino que le vejó y amagó. No sé, no comprendo aun todavía, qué se hizo el espíritu leonés en esos supremos momentos.

Si faltó a la verdad, confieso de corazón, que deseaba haber sido yo el Comandante de la Guardia y los Jefes bajo cuyas órdenes he prestado mis humildes servicios, lo mismo que los innumerables compañeros que conmigo han militado y hasta señoras de notoria honradez que me conocen y me conocieron, confesarán, que aquel exabrupto proceder del arrogante chapín, no hubiera quedado empañando con su oscura sombrilla el nombre de Nicaragua.

En tales momentos que el chapín regresó a sus cuarteles, se preparó con su división poniéndola en armas en dicha plaza de la Merced; igual cosa apareció en las tropas de Honduras, El Salvador y las del mismo Nicaragua.

Yo fui mandado a ponerme a la orden del General Barrios y este jefe puso en mis manos una nota que debía entregarla en manos propias del chapín Zavala. Yo iba con el credo en la boca; pero con resolución de ser víctima junto con el arrogante chapín, en caso hiciera conmigo lo que hizo con el oficial Garmendia.

En la plaza y calles estaban las tropas en actitud de repeler al desvergonzado chapín.

Con entereza y valor entré a la plaza, esquina oriente y sur de la iglesia. Fui detenido por la tropa chapina que desplegada cubría las dos bocacalles oriente y sur hacia el cabildo; allí estuve a pie firme largos minutos, hasta que vino la orden de entrar.

Atravesé la calle junto con el oficial de la orden, hasta el zaguán de la casa de Carchache, donde estaba el orgulloso chapín. Puse en sus manos la referida nota, la cual leyó, mandándome sentar. El, equipado con su arreo militar y listo para montar, contestó, me hizo entrega y haciéndole el saludo de ordenanza me retiré.

En la calle fui acompañado por el mismo ayudante, quien daba a los retenes orden para mi salida de la plaza. En todo ese trayecto fui objeto de las miradas de militares y curiosos.

Cesó la alarma, todas las fuerzas volvieron a sus respectivos cuarteles.

Despedida

Mis caros amigos, lectores de estos mis tristes recuerdos amargos hasta la vez; ellos son el testimonio de mi ascendido amor a esta patria en que habéis nacido hallándola libre: libre conservadla; para que libre la leguéis a vuestros hijos y conciudadanos.

FIN.

INDICE GENERAL DE REVISTA CONSERVADORA

DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

VOLUMEN XIV - 1966

Pág.		Pág.		Pág.
No. 66 - Marzo, 1966				
1	Cuatro enfoques sobre Colonialismo	33	Los últimos tres años del General Chamorro al lado de su esposa, Mercedes R. v. de Chamorro	29
2	La disputa anglo-española sobre Gibraltar, Camilo Barcía Trelles	2	Libro del mes: Autobiografía completa del General Emiliano Chamorro.	32
6	La disputa anglo-guatemalteca sobre Belice, Donald Grunewald	No. 68 - Mayo, 1966		
18	La disputa anglo-venezolana sobre la Guayana, Armando Rojas	1	La Costa Atlántica: pasado, presente y futuro	1
22	La disputa argentina-británica sobre las Malvinas, César Joaquín Guillot	2	Problemas que saltan a la vista, Silvio Argüello Cardenal	2
24	La política inglesa en Centroamérica durante el siglo XIX, Virgilio Rodríguez Beteta	3	La exploración de los recursos mineros en el litoral atlántico, Adolfo Bengoechea	3
41	Hacia una democracia institucional, Rafael Paniagua Rivas	7	Monografía y proyectos a organizarse en el Departamento de Zelaya, CODECA	7
47	Problemas del desarrollo industrial, Eduardo Iglesias	20	El Nor-Este de Nicaragua con bases específicas para su desarrollo, Carlos Molina, Edmundo Astorga C., Aníbal Ramírez F.	20
50	Para nuestros universitarios: Puertas abiertas en los Estados Unidos, Ward Barrett y Cotton Mather	28	Cuatro poemas miskitos	28
54	Rubén Darío (Poema) Arturo Torres Río seco	30	Los niños miskitos, Pablo Levy	30
56	Lengua mágica, Mario Cajina Vega	32	Los recursos humanos en la Costa Atlántica, Jorge Jureidini	32
58	Ran Runnels (Poema) Gilberto Barrios	Separata:		
60	Raíces Nahuatl en el idioma nicaragüense, Rafael Urtecho	21	Cómo reincorporó Nicaragua su Costa Oriental, Emilio Alvarez Lejarza, Andrés Vega Bolaños, Gustavo Alemán Bolaños.	21
Libro del mes: Las Páginas Centroamericanas del Diario de Federico Gamboa 1899-1910.		27	Libro del mes: Narración de los Viajes y Excursiones en la Costa Oriental y en el interior de Centroamérica, Orlando W. Roberts.	27
No. 67 - Abril, 1966				
NUMERO EXTRAORDINARIO				
1	En este número	1	Voces de aliento	1
2	Vistas de los funerales del General Chamorro	2	Introducción al tema de la Universalidad Nicaragüense, José Coronel Urtecho	2
4	¿Cuál fue la cualidad más destacante del General Chamorro? (Encuesta)	8	Características presentes del Mercado Común Centroamericano y Configuraciones pasadas que lo explican, Francisco de Sola	8
11	Nuestra propia evaluación de los 20 conceptos del pueblo	13	Situación del cultivo del Algodón en Nicaragua, Alfredo Cole	13
18	Evaluación de nuestros colaboradores: Félix E. Guandique, Roberto Gutiérrez Silva, Horacio Argüello Bolaños, Emilio Gutiérrez G., Ricardo Páiz Castillo, Eduardo Conrado Vado, Uriel Mendieta Gutiérrez, Adolfo Calero Orozco	22	La restauración del cacao "Nicaragua", Adolfo Román	22
29	Ecuanimidad liberal: René Schick, Luis Somoza Debayle, José María Moncada, Rodolfo Abaunza Salinas	26	Millones de libros para uso gratuito en las Escuelas Públicas de Centro América y Panamá	26
32	Mascarilla del Caudillo, Mario Cajina Vega	28	Oda a la Torre de la Merced, poema, José Coronel Urtecho	28
			La Iglesia de la Merced y su his-	
			tórica y esbelta torre, Enrique Guzmán Bermúdez	
			Carlos Sapper, Explorador de Centroamérica, Franz Termer	
			Separata: Poesía y Testamento de Juan Iribarren, Introducción Recopilación y Notas, de Jorge Eduardo Arellano.	
			Libro del mes: Memorias de Pío Bolaños Alvarez con un Apéndice de cartas del General José Santos Zelaya.	
No. 70 - Julio, 1966				
			¿Cuáles son las tendencias actuales de los Partidos Políticos de Nicaragua? ¿Qué afinidades o discrepancias mantienen entre sí?	
			Los Partidos Políticos de Nicaragua Anselmo Hilario Rivas	
			El Partido Conservador de Nicaragua y sus afinidades y discrepancias con los otros partidos, Luis Pasos Argüello	
			El Partido Conservador Nicaragüense y sus afinidades y discrepancias con los otros partidos, Diego Manuel Chamorro	
			El Partido Liberal Nacionalista y sus afinidades y discrepancias con los otros partidos, Luis A. Somoza Debayle	
			El Partido Liberal Independiente y sus afinidades y discrepancias con los otros partidos, Juan Manuel Gutiérrez	
			El Partido Social Cristiano y sus afinidades y discrepancias con los otros partidos, Reynaldo Antonio Tefel	
			Carta a Martí, Antonio Zambrana Un catastro fiscal e inventario de recursos naturales en Nicaragua, Fernando J. Montiel S.	
			¿Existe un Derecho Internacional Americano?, Tito Mosquera Irurita	
			Idea periodística magnífica, Virgilio Rodríguez Beteta	
			Cuando se mentó por primera vez la frase "Mercado Común Centroamericano", Virgilio Rodríguez Beteta	
			Conejo Blanco, Cuento Hondureño, Víctor Cáceres Lara	
			Retablo de España — Antología epistolar — Luz Isabel Cuadra	
			Separata: Tratado de Independencia de Nicaragua con España - 1850	
			Libro del mes: Dolorosos Recuerdos de la Revolución de 1854 y de la Guerra Nacional, Cástulo Córdova.	

DIOS
ORDEN
JUSTICIA